

Los papas del Renacimiento

En el siglo XIV y en la primera mitad del XV, la autoridad de los papas como jefes de la Iglesia y como cabezas de un poder temporal viose menoscabada por el destierro en el sur de Francia y por desastrosos cismas. Una nueva era comienza para el pontificado en la elección de Nicolás V, en 1447, y termina con el Saco de Roma, en 1527, ciñendo la tiara Clemente VII. Durante todo este periodo, los papas actúan más como monarcas que como pontífices, y la secularización de la Santa Sede es llevada a sus últimos límites. El contraste entre las pretensiones sacerdotales y la inmoralidad personal de los papas no puede ser más clamoroso. Los jefes de la Iglesia, en este periodo, no miran todavía con recelo al liberalismo renacentista. A mediados del siglo XVI, los Estados pontificios habíanse convertido en un verdadero reino. Y los papas de esta época posterior esfuerzarse ya en salir al pado del libre espíritu de Italia, por medio de la Inquisición y de las órdenes monásticas dedicadas a la enseñanza.

La historia de Italia ha estado siempre íntimamente unida a la del papado; pero en ningún periodo tanto como en estos 80 años de dominación temporal de los papas, de ambición, nepotismo y libertinaje, que se hallan marcados también por la irrupción de las naciones europeas en Italia y por la secesión de los pueblos germánicos de la Iglesia romana. En este breve espacio de tiempo desfila por la Cátedra de San Pedro una serie de papas con una grandeza tanto dramática, desplegando un orgullo tan regio, un cinismo tan descarado, una avaricia tan voraz y una política tan suicida, que tal parece como si trataran, con sus actos, de dar la razón a quienes sostenían que la divina providencia los había puesto allí para precaver al mundo contra Babilonia.

Al mismo tiempo, la historia de la corte pontificia revela con una fuerza pasmosa las contradicciones entre la moral y las costumbres del Renacimiento. En los papas de este periodo, descubrimos los mismos rasgos que encontrábamos en los

déspotas: una gran cultura, la protección de las artes, la pasión por todo lo que fuera magnificencia y los refinamientos de la cultura y la urbanidad alternando y no pocas veces mezclándose con una bárbara ferocidad de carácter y con gustos rudos y hasta salvajes. De una parte, una disolución pagana de las costumbres que habría escandalizado a los parásitos de un Cómodo o un Nerón; de otro lado, un aparente celo por el dogma digno de un Santo Domingo. Vemos al vicario de Cristo adorado como un dios por los príncipes que impetran de él la absolución de sus pecados o la exención de gravosas cargas y, al mismo tiempo, lo vemos pisoteado como soberano por los mimos potentados que se prosternan ante él. La sensualidad sin cendales; el fraude cínico y desvergonzado; una política que marcha hacia sus fines por la senda del asesinato. Las traiciones, los bancos de excomuniación y los encarcelamientos; la venta descarada de las gracias espirituales; el tráfico comercial con los emolumentos y los beneficios eclesiásticos; la hipocresía y la crueldad estudiadas como bellas artes; el robo y el perjurio elevados a sistema: he ahí el espectáculo casi diario que en esta época nos ofrece el pontificado. Y, sin embargo, el papa sigue siendo, mientras todo esto ocurre, una criatura sagrada. Su zapatilla es besada por miles de seres. Sus bendiciones y sus maldiciones reparten la vida y la muerte. Baja del lecho de una ramera para abrir o cerrar con sus llaves las puertas del infierno y del purgatorio. En medio del crimen, él mismo se considera el representante de Cristo sobre la tierra.

Estas anomalías, por muy estridentes que a nosotros puedan parecernos, y por evidentes que en su tiempo se les antojaran a profundos pensadores como Maquiavelo o Savonarola, no escandalizaban a la muchedumbre de gentes que eran testigos de ellas. El Renacimiento era una época tan fascinante por su brillo, tan confusa por la rapidez de sus cambios, que las distinciones morales se borraban y se perdían en una llamarada de esplendor, en una irrupción de vida nueva, en un carnaval de energías desencadenadas. La corrupción de Italia sólo era igualada por su cultura. Su inmoralidad rivalizaba con su entusiasmo. No era la decadencia de una vieja era que moría, sino la fermentación de una nueva era que nacía, lo que gestaba estas monstruosas paradojas de los siglos XV y XVI. El contraste entre el cristianismo medieval y el paganismo

renaciente —este violento conflicto entre dos principios contrarios, llamados a fundir sus fuerzas y a reconstruir el mundo moderno— hizo del Renacimiento lo que éste fue en Italia. Y en ninguna parte vemos la primera efervescencia de estos elementos desplegarse con tanta fuerza como en la historia de los papas, que, después de haber intentado en vano, durante la Edad Media, ahogar los impulsos de la humanidad bajo una cogulla, son ahora actos principales en la comedia de Afrodita y Príapo, levantando de nuevo la frente al resplandor del día.

La lucha liberada entre los papas del siglo XIII y los Hohenstaufen terminó con la elevación de los príncipes de Anjou al trono de Nápoles. Fue el más pernicioso de todos los males que el poder papal infligió a Italia. Vino luego la tiranía francesa, bajo la cual expiró en Anagni Bonifacio VIII. Benedicto XI fue envenenado por instigación de Felipe el Hermoso, y la sede pontificia trasladada a Aviñón. Los papas dejaron de dominar la ciudad de Roma y los territorios de la Romaña, la Marca y el Patrimonio de San Pedro, que les habían sido confirmados por la carta real de Rodolfo de Habsburgo (1273). Gobernaban sus posesiones italianas por medio de legados pontificios, mientras las ciudades que habían reconocido su poder iban pasando, una tras otra, bajo el yugo de príncipes independientes. Los Malatesta establecieron en Rímini, Pésaro y Fano; la casa de Montefeltro confirmó su ocupación de Urbino; Camerino, Faenza, Rávena, Forlì e Imola pasaron bajo el señorío de los Varani, los Manfredi, los Polentani, los Ordelafi y los Alidosi.¹ No Estos tiranos seguían reconociendo la supermacía tradicional de los papas, pero los nobles que acabamos de enumerar adquieren ahora una autoridad real y efectiva, contra la que en vano lucharon durante cierto tiempo Egido de Albornoz y Roberto de Génova y que, en el futuro, absorbería, para quebrantarla, todas la energías de los papas Sixto y Alejandro.

Al paso que se debilitaba la influencia de los papas al otro lado de los Apeninos, tres grandes familias, las de los Orsini, los Sevelli y los Colonna, iban conquistando el rango de príncipes en Roma y en su inmediata vecindad. Habían ido elevándose de diversos modos al poder, durante la segunda mitad del siglo XIII, gracias al nepotismo de los papas Nicolás III, Honorio IV y Nicolás IV. Este nepotismo habría de dar perniciosos frutos

en el futuro: durante el exilio de los papas en Aviñón, los Colonna y los Orsini llegaron a ser tan poderosos, que amenazaban la libertad y la seguridad del pontificado. También a Sixto y a Alejandro les estaba reservada la empresa de deshacer en este punto la obra de sus predecesores y asegurar la independencia de la Santa Sede, abatiendo la soberbia de estos descollantes nobles.

En los Estados de la Iglesia, el poder temporal de los papas, basado en falsas donaciones, confirmado por la tradición y combatido por déspotas rivales, representaba una anomalía. Y, aunque diferente, no era menos peculiar su situación en Roma. Mientras las facciones de los Orsini y los Colonna dividían la Campagna y ensangrentaban las calles de la ciudad, Roma seguía manteniendo, en la forma al menos, la vieja constitución de los caporionis y los senadores. El senador, elegido por el pueblo, no juraba obediencia al papa, pero sí defender su persona. El gobierno de la ciudad era ostensiblemente republicano. El papa no tenía derechos de soberanía, sino solamente el ascendiente que le daban inevitablemente sus riquezas y la posición de jefe de la cristiandad. Al mismo tiempo, el espíritu de Arnolfo de Brescia, de Brancalione y de Rienzi revivía de vez en cuando en patriotas como Porcari y Baroncelli, que se rebelaban contra las injerencias o usurpaciones de la Iglesia en menoscabo de los privilegios de la ciudad. Roma no ofrecía ninguna seguridad efectiva a los cardenales del Sacro Colegio. Estos no disponían allí de fortalezas como el Castello de Milán, ni tenían tropas a su disposición. Cuando el pueblo o los nobles se levantaban contra ellos, lo mejor que podían hacer era retirarse a Orvieto o a Viterbo y aguardar allí a que pasara la tormenta.

Tal era la posición del papa, considerado como uno de los príncipes gobernantes de Italia, antes de la elección de Nicolás V. Su autoridad era grande, pero indefinida, confirmada por el tiempo, pero sin base alguna ni en la fuerza ni en la ley. Sin embargo, Italia consideraba el papado como una institución indispensable para su prosperidad, y Roma, por su parte, sentíase orgullosa de que se la llamara la metrópoli de la cristiandad y dispuesta a sacrificar la sombra de libertades republicanas que aún quedaba en pie a cambio de las ventajas materiales que podía reportarle la soberanía de su obispo. Cuál era el estado de


ánimo de los vecinos de Roma acerca de esto nos lo indica una sentencia de Leo Alberti, con referencia al pontificado de Nicolás: "La ciudad, con el jubileo, habíase convertido en una ciudad de oro; respetábase la dignidad de los ciudadanos; el pontífice accedía a toda petición razonable. No había exacciones ni tributos nuevos. La justicia era rectamente administrada. La mayor preocupación del pontífice era embellecer la ciudad".² **N** La prosperidad que la corte pontificia procuraba a Roma constituía el principal punto de apoyo de los papas como príncipes, por aquellos días en que muchos pensadores miraban con el recelo del Dante la unión de los poderes temporal y espiritual en el pontificado.³ **N** Además, por aquel entonces, Italia, considerada en su conjunto, experimentaba un cambio político instintivo y gradual: las repúblicas veíanse desplazadas por tiranías, y los sentimientos del pueblo, en general, no eran en modo alguno hostiles a este cambio. Había llegado, por tanto, el momento propicio para que los papas convirtieran su autoridad mal definida en un despotismo afianzado, consolidándose en Roma como soberanos y sometiendo los Estado de la Iglesia a su jurisdicción temporal.

Esta obra fue iniciada por Tomás de Sarzana, que en 1447 subió al solio pontificio bajo el nombre de Nicolás V. Una parte de su biografía pertenece a la historia de las humanidades y no es necesario tocarla aquí. Educado en Florencia, a la sombra de la casa de los Médicis, había asimilado aquellos principios de deferencia a la autoridad del príncipe que estaban suplantando las viejas virtudes republicanas a lo largo de Italia. Habíanse curado las desgarraduras de los cismas abiertos en la Iglesia católica. En vista de que su poder espiritual no tropezaba con la menor oposición, el nuevo papa decidió acometer la obra de consolidar el poder temporal de sus Estados. Lo afianzó en este propósito la conspiración de Stéfano Porcari, noble romano que había intentado levantar en la ciudad el entusiasmo republicano en el momento de la elección pontificia y que más tarde trató de atentar contra la libertad del papa, si no contra su vida. Porcari y sus cómplices fueron ejecutados en 1453, y con este acto el pontífice proclamóse, en realidad, como monarca. Dedicó las grandes riquezas que el jubileo de 1450 hizo afluir a las arcas pontificias ⁴ **N** a embellecer la ciudad de Roma y a levantar una fortaleza para el soberano pontífice. Fue reforzado el Mausoleo de

Adriano, que mucho antes, durante la Edad Media, se había utilizado ya con los mismos fines. El puente de S. Angelo y la Ciudad Leonina quedaron, así, comunicados y defendidos por medio de un sistema de murallas y obras exteriores, que ponían en manos del papa las llaves de Roma. Empezó a surgir un nuevo Vaticano y se echaron, dentro del circuito de los dominios papales, los cimientos para una nueva y más noble basílica de San Pedro.

Nicolás V había concebido, en realidad, la gran idea de restaurar la supremacía de Roma, no al modo de Hildebrando, es decir, reforzando el poder espiritual del pontificado, sino instaurando a los papas como reyes, renovando la magnificencia arquitectónica de la ciudad Eterna y convirtiendo la corte pontificia en el centro de la cultura europea. En el testamento dictado por este papa desde su lecho de muerte a los príncipes de la Iglesia registra todo lo hecho por él en pro de la arquitectura secular y eclesiástica de Roma y expone su profundo sentido de la necesidad de asegurar a los papas contra la revolución de dentro y la fuerza de fuera, a la vez que su deseo de exaltar a la Iglesia, rodeando su solio de todo el esplendor posible a los ojos de la cristiandad. El testamento de Nicolás V constituye un memorable documento. Nada ilustra mejor la transición de la Edad Media al espíritu mundano del Renacimiento que la convicción pontificia de que los destinos de la cristiandad dependen de la grandeza y la gloria de la ciudad de Roma. La obra iniciada por él fue llevada adelante, en medio del crimen, la anarquía y la violencia, por los sucesivos papas del Renacimiento, hasta que, por último, en 1527, las tropas de Frundsberg allanaron el camino para los jesuitas de Loyola, y Roma, que seguía siendo la Ciudad Eterna, embozó su esplendor y sus escándalos bajo el negro manto de los inquisidores españoles. Pero ya para entonces habían llegado a su término los cambios políticos del pontificado que iniciara Nicolás V, y durante más de tres siglos, los papas ocuparon su trono entre los reyes de la tierra.

De Alfonso Borgia, que reinó tres años bajo el nombre de Calixto III, poco hay que decir, como no sea que su pontificado dio paso a la grandeza de su sobrino, Rodrigo Lenzuoli, a quien la historia conoce como Rodrigo Borgia, en homenaje al tío. Los últimos días de Nicolás habíanse visto ensombrecidos por la caída

de Constantinopla y el peligro inminente que amenazaba a Europa por parte de los turcos. Todas las energías de Pío II dirigiéronse hacia la meta de unir las naciones europeas contra el infiel. Eneas Silvio Piccolomini ostenta un nombre ilustre en los anales del Renacimiento, como autor, orador, diplomático, viajero y cortesano. Como papa, llama la atención por el ingenuo celo que desplegó en el vano intento de levantar la piedad y la devoción de la cristiandad contra los enemigos de la civilización y la fe. Rara vez se habrá dado un contraste tan marcado entre el hombre y el pontífice como el que observamos en Pío II. Este hombre de letras y de mundo, aficionado a los placeres, astuto y de pensamiento libre, se convirtió, al ceñir la tiara, en un Santo Padre, celoso de todo lo que pertenecía a la Iglesia y empeñado en poner en conmoción a Europa, apelando a motivos e ideas que habían perdido toda su fuerza tres siglos antes. Federico II y San Luis de Francia habían cerrado la era de las Cruzadas, el primero cerrando un trato con el infiel, el segundo alargando la mano hacia la corona del martirio. Eneas Silvio Piccolomini era el espejo de su tiempo: un humanista y estilista, imbuido del gusto retórico y seudoclásico del temprano Renacimiento. Pío II es casi un anacronismo. Por los epigramas de Filelfo a su muerte podemos inferir cuán grande fue el desengaño que experimentó el mundo culto, al descubrir que el nuevo papa, de quien tanto había esperado, se negaba a desempeñar el papel de Mecenas de las letras y de las artes:⁵ 

*Gaudeat orator, Musae gaudete Latinae
Susluttit e medio quod Deus ipse Pium.
Ut bene consuluit doctis Deus omnibus aequae,
Quos Pius in canctos se tulit usque gravem.
Nunc sperare licet. Nobis Deus optime Quintum
Reddito Nocoleon Eugeniumve patrem.*

Y en otro:


*Hac sibi quam vivus construxit clauditur arca
Corpore; nam Stygios mens habet atra lacus.*

El propio papa tenía clara conciencia de la discrepancia entre su yo de ayer y el de hoy. *Aeneam rejicite, Pium recipite*, exclama en un celebrado pasaje de su Retracción, donde se declara sinceramente arrepentido de las irrevocables palabras de ligera y vana poesía que soltara al viento en su


atolondrada juventud. Y aunque Pío II fracasara virtualmente por falta de la energía necesaria para conducir a su época, hacia el pasado, hacia el ideal del cristianismo de los primeros tiempos, o hacia el futuro, por la senda de la cultura moderna, es, desde luego, el último papa del periodo renacentista a quien podemos mirar con verdadero respeto. Los que le siguen y cuyos caracteres más bien que su acción como pontífices pasamos a examinar ahora, sacrifican los intereses del cristianismo a sus ambiciones familiares, aseguran su soberanía a costa de la discordia de Italia, negocian con el infiel y representan el papel del Anticristo en la escena europea.

Cabría escribir la historia de estos reyes-sacerdotes sin detenerse más que muy por encima en los hechos escandalosos de sus pontificados, entrelazando la crónica cortesana del Vaticano en un relato de la política europea, u ocultando la verdadera faz de los dignatarios pontificios bajo la máscara construida para ellos por los apologistas eclesiásticos. No puede ser ésta, sin embargo, la línea que adopte un escritor dedicado a estudiar la civilización italiana en los siglos XV y XVI. Este historiador debe pintar a los papas del Renacimiento tal y como se revelan en medio de la sociedad de su tiempo, cuando Lorenzo de Médicis llamaba a Roma el "vertedero de todos los vicios" y cuando observadores tan sagaces como Maquiavelo y Guicciardini atribuían a su influencia toda la depravación moral y la decadencia política de Italia. Alguien dirá, tal vez, que no hace falta pintar el desenfreno de esta corte, que, al levantar la conciencia del norte de Europa hasta un sentido de vergüenza intolerable, fue una de las principales causas que provocaron el movimiento de la Reforma. Pero, sin registrar aquellos viejos escándalos, sería igualmente imposible llegar a comprender en sus verdaderos términos la moral italiana y adquirir una profunda y certera visión de los sentimientos sociales de Italia, en aquel tiempo, tal como los expresa la literatura. Y el historiador de esta época no se saldrá de su misión, aunque los hechos que haya de registrar parezcan arrancados al mundo de la leyenda y no al de la realidad. Ninguna ficción encierra elementos más fantásticos, ningún mito o alegoría se presta más para expresar la verdad por medio de las figuras de la imaginación, que los auténticos y bien probados anales de este periodo de 70 años, que va de 1466 a 1534.

Paulo II era un veneciano llamado Pietro Barbi, que comenzó la carrera de su vida como comerciante. Había embarcado sus bienes mundanos a bordo de un buque mercante que se disponía a zarpar para el extranjero, cuando recibió la noticia de que su tío acababa de ser investido papa bajo el nombre de Eugenio IV. Pensó, y no se equivocaba, que le sería más fácil hacer fortuna dentro de la Iglesia, con su tío en el solio pontificio, que navegando por las aguas del mar y ejerciendo su ingenio como mercader. Descargó, pues, sus fardos, agarró el libro de oraciones, se hizo cura, y a los 48 años llegó al papado. Llamaba la atención por su belleza y sentíase inclinado a tomar, como papa, el título de "Formosus", pero los cardenales le disuadieron de este alarde de vanidad y ciñó la tiara, en 1464, bajo el nombre de Paulo.

Su característica dominante era un amor vulgar por la ostentación. Gastaba enormes sumas en coleccionar joyas y solamente su tiara estaba valuada en 200 000 florines de oro. Hacía gala de su esplendidez en todas las ceremonias, lo mismo las eclesiásticas que las seculares, y le deleitaba mostrarse ante los ojos de los romanos como el primer actor en una bendición de Pascuas o en una procesión de Carnaval. Los cardenales pobres recibían subsidios de la bolsa del papa, para que con sus séquitos pudieran añadir lustre a su cortejo. Las artes encontraron en él un generoso protector. Para la construcción del palacio de San Marcos, que rompe abiertamente con el estilo gótico hasta entonces en boga, trajo a Roma eminentes arquitectos y dio empleo a Mino da Fiésole, el escultor, y al tallista en madera Giuliano de San Gallo. Fueron restaurados a su costo los arcos de Tito y Septimo Severo, así como la estatua de Marco Aurelio y las esculturas de Monte Cavallo. Donde más especialmente se revelaba como conocedor de las cosas del arte era en su colección de gemas, medallas, piedras preciosas y camafeos, llegando a acumular en sus gabinetes raros tesoros de la Antigüedad y valiosas obras maestras de los aurífices italianos y flamencos. La protección del arte contemporáneo, unida a su estimación por los monumentos clásicos, le revela como un verdadero Mecenas del más puro tipo renacentista.⁶ 

Pero las cualidades del *dilettante* no eran las más apropiadas para dar lustre a un pontífice que gastaba las riquezas

de la Iglesia en acumular objetos raros inmensamente costosos. Su sed de oro y su afán de atesoramiento eran tan grandes, que cuando quedaba vacante un obispado negábase con frecuencia a proveerlo, reteniendo sus rentas en su propio provecho. Su corte era un despliegue de lujo y gustaba de entegarse, en la intimidad, a los placeres sensuales.⁷ 

Claro está que todas estas cualidades no tenían por qué desacreditar su nombre en Roma, donde el Santo Padre estaba ya considerado como un déspota italiano más, con ciertos aditamentos sacerdotales. Lo que le valió su impopularidad fue la persecución del platonismo, en una época como aquélla, en que los hombres tenían derecho a esperar que, sucediera lo que sucediese, se respetaría por lo menos el saber. El ejemplo de las academias florentina y napolitana había animado a los romanos a fundar una sociedad para las discusiones filosóficas. El papa recelaba de que detrás de ella había, en realidad, una intriga política. Y la sospecha no estaba totalmente desprovista de fundamento. Estaban todavía frescos en el recuerdo de la gente la conspiración de Porcari contra Nicolás V y los motines catilenarios de Tiburzio que habían conmovido el pontificado de Pío II; y la posición del papa, en Roma, no era todavía, ni mucho menos, segura. Contribuía a aumentar la alarma de Paulo el hecho de que formaran parte de la Sociedad Platónica algunos eruditos nombrados por Pío II, secretarios de los Breves (*abbreviatori*) y separados del cargo por él. Su animosidad hacia el papa era natural y mal recatada. Al mismo tiempo, el encono que Lorenzo Valla sentía y expresaba contra el poder temporal podía, en una edad de conspiraciones como ésta, traducirse en actos violentos cuando menos se pensara. León Alberti da a entender que Porcari estaba apoyado por gentes poderosas fuera de Roma; y una de las acusaciones que se le hacía a los secuaces del platonismo era la de que Pomponio Leto se había dirigido al humanista Platina, llamándolo Santo Padre. Hay que advertir, para comprender la significación de esto, que tanto Pomponio Leto como Valla tenía influencia en Nápoles, mientras que el papa estaba a punto de romper abiertamente con el rey Fernando. Tenía por tanto, motivos más que suficientes para recelar de una intriga napolitana, en la que los humanistas representarían los papeles de Bruto y Casio.

Sin embargo, aunque nos demos al trabajo de buscar algunas razones al pánico del papa, lo cierto es que, a la postre, se demostró que estaba equivocado, y nadie puede abrigar duda acerca de la estupidez, la crueldad y la injusticia de su conducta posterior. Se apoderó de los principales miembros de la Academia romana, los encarceló, mandó que les aplicaran la tortura, y algunos de ellos murieron en el potro. "Habríase dicho —escribe Platina— que el Castillo de San Angelo era el toro de Falaris: sus bóvedas resonaban con los gritos de jóvenes víctimas inocentes." No fue posible arrancar a los torturados la menor prueba de que estuvieran conspirando. En vista de ello, el papa persiguió a los supervivientes como heterodoxos. Lograron, sin embargo, probar a satisfacción de los inquisidores pontificios la reciedumbre de su fe. No quedaban más que dos caminos: o ponerlos en libertad, o sepultarlos vivos en los calabozos, para que la gente no dijese que Su Santidad los había detenido sin causa ni razón. Y esto fue, en efecto, lo que se hizo. Uno de los *abbreviatori* destituidos por Paulo II y uno de los miembros de la Academia platónica torturados por sus verdugos fue Platina, el historiador de los papas. El suceso de la persecución pontificia no pierde, pues, nada en el relato, porque si en algo descollaban los humanistas del siglo XV era en la redacción de reticencias e invectivas. Platina relata, entre otras anécdotas, cómo, mientras los sayones dislocaban sus miembros en el porto, los inquisidores Vianesi y Sanga sostenían un animado y desenvuelto coloquio sobre un anillo que uno de ellos decía bromeando que el otro había recibido de una muchacha como prenda de amor. He aquí una estampa bien característica de la Roma papal, bajo el Renacimiento.

Paulo II no vivió tanto como su relativa juventud hizo a la gente suponer que viviría. Murió de un ataque de apoplejía en 1471, repentinamente y estando solo, después de haber comido dos enormes sandías, *duos praegrandes pepones*. Su sucesor en el solio pontificio era un hombre de baja extracción, llamado Francesco della Rovere, que había nacido cerca de la aldea de Savona, en la Riviera genovesa. Queriendo a todo trance pasar por noble, ya en el papado, se granjeó la buena voluntad de la antigua casa de los Rovere de Turín dándole dos capelos cardenalicios, y de este modo pudo hacerse pasar por pariente suyo. A los Royere pertenece el escudo con el roble dorado sobre

azul que Miguel Ángel pintó en la bóveda de la Capilla Sixtina como homenaje a Sixto y a su sobrino Julio. Después de sobornar a los miembros más venales del Sacro Colegio, Francesco della Rovere fue elegido papa y subió al solio con el nombre de Sixto IV.

Comenzó su carrera con una mentira. Aunque sucedía en la Silla de San Pedro al avaricioso Paulo, que había pasado la vida atesorando dinero, aseguró que sólo había encontrado 5 000 florines. La prodigalidad con que inmediatamente acumuló riqueza sobre sus sobrinos, vino a demostrar la falsedad de esta aseveración. Resulta difícil y desagradable aludir siquiera a las horribles sospechas en que aparecía envuelto el nacimiento de dos de estos sobrinos del papa y a las causas de la debilidad que éste sentía por ellos. Y, sin embargo, la vida privada de Sixto IV hace que sean verosímiles hasta las historias más monstruosas, al paso que las gracias y los honores derramados a manos llenas sobre dichos sobrinos recuerdan la parcialidad de un Nerón por Doríforo.⁸ **N**o Podemos, sin embargo, detenernos un momento a examinar los principales rasgos de su nepotismo, ya que fue Sixto el primer pontífice que organizó sistemáticamente un sistema encaminado a saquear las riquezas de la Iglesia para exaltar al rango de príncipes a sus parientes. Ya hemos expuesto en páginas anteriores la debilidad de su política.⁹ **N**o Su justificación, si es que tiene alguna, reside en las exigencias de una dinastía carente de sucesión legítima o hereditaria. Los sobrinos del papa eran Lionardo, Giuliano y Giovanni della Rovere, los tres hijos de su hermano Rafael; Pietro y Girolamo Riario, hijos de su hermana Yolanda, y Girolamo, hijo de otra hermana del papa, casada con Giovanni Basso. Con la notable excepción de Giuliano della Rovere,¹⁰ **N**o estos jóvenes no tenían prendas especiales para brillar, fuera de una buena traza y de cierto espíritu marcial, que cuadraba por cierto bastante mal con las ignidades eclesiásticas conferidas a algunos de ellos. Lionardo fue nombrado prefecto de Roma y casado con una hija natural del rey Fernando de Nápoles. Giuliano obtuvo un capelo cardenalicio y, después de una turbulenta guerra con algunos belicosos papas, subió al solio pontificio bajo el nombre de Julio II. Girolamo Basso fue creado cardenal de San Crisógono en 1477 y murió en 1507. Girolamo Riario casó con Catalina, hija natural de Galeazzo Sforza. El papa compró para él, en 1473, la aldea de Imola, con dinero de la

Iglesia y, después de añadirle el señorío de Forlío, hizo de irolamo un duque. Murió en este lugar en 1488, asesinado por sus súbditos, pero no sin que antes hubiese fundado una línea de príncipes.

Pietro, el otro sobrino de la sangre de los Riario o, según proclamaba la escandalosa fama y Muratori asegura, hijo del propio papa, fue elevado a la edad de 26 años a las dignidades de cardenal, patriarca de Constantinopla y arzobispo de Florencia. No poseía virtudes, talentos ni cualidades de ninguna clase, más que su belleza, el cariño del papa y el extravagante desenfreno de su propia vida, para pasar a la memoria de la posteridad. Toda Italia se llenó, durante dos años, del eco de sus orgías. Sus rentas oficiales estimábanse en 60 000 florines de oro, pero en su breve carrera de magnificencia y libertinaje logró dilapidar una suma calculada en no menos de 200 000.

Cuando Leonor de Aragón pasó por Roma para celebrar sus bodas con el marqués de Ferrara, el vanidoso patriarca mandó levantar en la Piazza de Santi Apostoli un fastuoso pabellón para que la princesa se aposentase.¹¹ Estaba dividido en cámaras que se comunicaban con el palacio del cardenal. Las cortinas ordinarias eran de terciopelo y seda blanca y granate, y una de las estancias estaba decorada con los famosos tapices de Nicolás V representando la Creación del Universo. En esta mágica mansión improvisada todos los utensilios, hasta los de uso más vil, eran de plata. Para refrescar el aire de la sala de los banquetes, habíanse instalado en ella abanicos colgantes: *tremantici coperti, che facevano continuoamente vento*, son las palabras de Corio; y sobre una columna, en el centro de la sala, un bello efebo desnudo, con el cuerpo dorado, derramaba constantemente agua de una urna.

La descripción de la fiesta llena tres páginas de la obra de Corio, en la que encontramos una minuciosa lista de los manjares servidos: jabalí y venado asados enteros; naranjas mondadas, doradas y en confitura; pastas doradas; agua de rosas para el lavamanos, y los cuentos de Perseo, Atlanta, Hércules y otros representados en pastelería, *tutte in vivande*. El historiador nos cuenta, asimismo, cómo las representaciones de Hércules, Jasón y Fedra alternaban con la historia de Susana y los Viejos, representada por actos florentinos, y con los misterios de *San Giovan Battista decapitato* y *aquel Giudeo che rosti il corpo di*

Cristo. Los criados iban vestidos de seda y el senescal cambió cuatro veces, en el transcurso del banquete, sus ricas prendas, cubiertas de cadenas y de joyas. Ninfas y centauros, cantantes y bufones bebían vinos escogidos en vasos de oro. El eminentísimo y reverendísimo señor del palacio, entre tanto, moviase entre sus invitados "como el hijo del gran César". Las fiestas duraron desde un sábado hasta un martes. Ercole de Este y la novia, en los momentos que les dejaban libres los juegos, danzas y banquetes, todos tan fastuosos como el que acabamos de describir, asistían a las ceremonias en la basílica de San Pedro y visitaban a las notabilidades de Roma.

Con derroches como éstos, se comprende que el joven cardenal, a pesar de su enorme riqueza, dejase al morir 60 000 florines de deudas. Afortunadamente para la Iglesia y para Italia, murió pronto. Expiró en Roma, en el mes de enero de 1474, después de haber hecho gala de sus impúdicas orgías en Milán y Venecia, como legado pontificio. Rumorábase, aunque no pudo llegar a confirmarse, que los venecianos habían ayudado a su suerte por medio del veneno.¹² **N** Los excesos sensuales de todas clases en que durante 25 meses continuos se encenagó este hijo del pueblo bajo, elevado de pronto al esplendor de los príncipes, bastan para explicar su prematura muerte, sin necesidad de recurrir a la hipótesis del envenenamiento. Con él, desaparecía un plan que podía haber conducido a hacer del pontificado un reino hereditario y secular. Durante su estancia en Milán, Pedro Riario selló un trato con el duque, por virtual del cual Galeazzo María Sforza sería coronado rey de la Lombardía y el cardenal legado subiría al trono pontificio.¹³ **N** Dícese que el papa Sixto estaba dispuesto a abdicar en favor de su sobrino, con la mira de instaurar más firmemente a su familia en la tiranía de Roma. El plan no era, ciertamente, muy juicioso, pero no debemos considerarlo, sin embargo, tan impracticable como a primera vista pudiera parecer, teniendo en cuenta el gran poder y la enorme riqueza de la familia Sforza. Es el mismo sueño que flotará, pocos años después, ante la imaginación, en su impasible estilo, que el único camino que en sus días le quedan al nepotismo es convertir en pontificado en un poder hereditario.¹⁴ **N**

Si queremos saber cuál era la opinión que las gentes de la época habían llegado a formarse del cardenal de San Sixto durante los dos años de su eminencia, no tenemos más que leer los siguientes versos de un epigrama colocado, según nos informa Corio, sobre su tumba:

Fur, scortum, leno, maechus, pedico, cynaedus,

Et scurra, et fidicem cedat ab Italiâ.

Namque illa Ausonii pestis scelearata senatûs,

Petrus, ad infernas est modo raptus aquas.

Después de la muerte de Pedro, el cardenal, Sixto IV derramó sus gracias, en igual manera, sobre el último de sus sobrinos, Giovanni della Rovere. Este Giovanni había casado con una hija de Federico de Montefeltro, duque de Urbino, y le fue conferido el ducado de Sinigaglia. Más tarde, a la muerte de su hermano Leonardo, se le designó prefecto de Roma. Fue él quien fundó la segunda dinastía del ducado de Urbino. La violencia plebeya que distinguía a estas gentes del linaje della Rovere llegó a su apogeo en el hijo de Giovanni, duque Francisco María, quien, siendo un joven de 16 años, asesinó por su propia mano a un mozo de quien su hermana estaba enamorada y que más tarde, cuando tenía 20 años, apuñaló al legado papal en las calles de Bolonia hasta dejarlo muerto y derribó de un puñetazo, durante un consejo de guerra, en 1526, a Guicciardini el historiador.

Sixto IV, a la vez que protegía de este modo a su familia, no podía vivir sin tener cerca de su persona algún joven protegido, de bella estampa. En 1643, hizo a su ayuda de cámara, un mozo de 20 años, sin ninguna cultura y de baja extracción, cardenal y obispo de Parma. Su único mérito era poseer la belleza de un efebo olímpico. Aunaba felizmente a este don divino un carácter inofensivo, aunque bastante estúpido.


La protección dispensada a manos llenas sobre sus favoritos hacía que el papa, como es lógico, anduviese siempre corto de dinero. Para reponer sus arcas, recurría principalmente a dos métodos. El primero consistía en la venta pública de los cargos y honores de la Corte romana, cada uno de los cuales tenía su precio.¹⁵ **N** Un poco más de recato y de reseva se ponía en la


cotización de los beneficios eclesiásticos, pues aún no se consideraba la simonía como un pecado venial. Era público y notorio, sin embargo, que el papa estaba siempre dispuesto a sacar dinero de cuantos privilegios pudiera dispensar. "Nuestras iglesias, nuestros sacerdotes y nuestros altares, los sagrados ritos, las preces, el cielo y hasta el mismo Dios; todo es cotizable en dinero", exclama un erudito de la época. Y Sixto, por su parte, solía decir: "A un papa le basta con la pluma y la tinta para obtener la suma que necesite, en cualquier momento".¹⁶ El otro gran recurso financiero de que disponía el pontífice era el monopolio de los granos en los Estados pontificios. Provocábanse, para ello, ficticias carestías, en las que el precio del trigo alcanzaba enormes alturas; se exportaba del reino el trigo de mejor calidad y se importaba grano de calidad inferior; el papa obligaba a sus súbditos a comprar el de sus almacenes y enriquecía así con el hambre y la pobreza de sus exhaustas provincias. El mismo procedimiento empleaba en el sur el rey Fernando de Nápoles. Vale la pena escuchar lo que era este pan, de labios de uno de los hombres condenados a comerlo: "El pan amasado con el trigo a que me he referido era negro, apestoso, abominable; le obligaban a uno a comerlo, y ello era causa de frecuentes enfermedades en el Estado"¹⁷

Pero Sixto IV no ofrecía a la cristianidad solamente el espectáculo de un papa que traficaba con el hambre de sus súbditos y con las cosas sagradas de Dios para derramar sobre las cabezas de sus favoritos, a manos llenas, el oro así acumulado. La paz de Italia fue destituida por una serie de devastadoras guerras, sin otra finalidad que favorecer a las mismas indignas criaturas del favor pontificio. El papa deseaba anexionar el ducado de Ferrara a los dominios de Girolamo Riario. Lo único que se oponía a sus designios era la casa de Este, firmemente instaurada desde hacía varios siglos y encabezada por medio de matrimonios o de alianzas con las principales ciudades de Italia. Sixto IV, cuyo deleite por la sangre y la camorra corría parejas con su avaricia y sus costumbres libertinas,¹⁸ entregóse con verdadera fruición a un proyecto que llevaba consigo la discordia de toda la península. Hizo y deshizo tratados con Venecia, atizó todas las pasiones de los déspotas y los manejó a su antojo, llamó a la Lombardía a los mercenarios suizos y cuando, por fin, ya cansadas de guerrear

por su sobrino, las potencias italianas concertaron la paz de Bagnolo, el papa murió de rabia, en 1484. Fueron, en realidad, el furor y el desencanto que le causó el ver restaurada la paz en el país lanzado por él a la discordia y a la guerra en aras de su sobrino favorito, los que determinaron la muerte de Sixto IV.

Pero todavía nos queda por relatar el crimen de Sixto IV que con mayor fuerza pinta la corrupción a que en esta época había llegado el poder pontificio. Nos referimos a la sanción de la conjura de los Pazzi contra Julián y Lorenzo de Médicis. En el año 1477, los Médicis, después de eliminar de la magistratura de Florencia a los príncipes mercaderes de la familia de los Pazzi y de incurrir de otros modos en su enojo, habían empujado a Roma, llenos de encono, a un individuo de este linaje, Francesco de'Pazzi. Sixto IV lo nombró su banquero, en sustitución de la compañía de los Médicis. Se hizo amigo íntimo de Girolamo Riario y era bien recibido en la corte pontificia. Razones de orden político hacía que el papa y sus sobrinos ardiesen por aquel entonces en deseos de destruir a los Médicis, quienes se oponían a los planes de engrandecimiento de Girolamo en la Lombardía. Su rencor indujo a Francesco de'Pazzi a secundar sus planes y estimular sus bajas pasiones. Entre los tres, urdieron una trama conspirativa, a la que se unieron Salviati, arzobispo de Pisa, otro enemigo recóndito de los Médicis, y Giambattista Montesecco, capitán muy afecto a la causa del conde Girolamo.

El primer plan de los conspiradores fue atraer a Roma a los hermanos Médicis, para darles allí muerte. Pero los jóvenes potentados eran demasiado prudentes para salir de Florencia, su baluarte. En vista de ello, Pazzi y Salviati se trasladaron a la Toscana, confiando en que se les ofrecía allí la ocasión para asesinar a sus dos enemigos juntos, ya fuese en un banquete o en la iglesia. La misión de eliminar a Julián fue encomendada a Bernado Bandini, hombre que se había encumbrado en el comercio, y a Francesco Pazzi. Por su parte, Giambattista Montesecco asumió el encargo de deshacerse de Lorenzo.¹⁹ 

Fue elegida, por fin, para la ejecución del plan la fecha del 26 de abril de 1478. El lugar señalado era el Duomo.²⁰  La señal para llevar a cabo el crimen, la elevación de la Sagrada Forma, a la hora de la misa. Llegaron los dos Médicis. Los

conspiradores abrazaron a Julián y se dieron cuenta de que el tímido joven había dejado en casa su secreta cota de malla. Pero se presentó una dificultad, que debería haber sido prevista. Montesecco, con ser un asesino, negóse a apuñalar a Lorenzo delante del altar mayor; en el último momento, sintió que su valor decaía ante el respeto que, a pesar de todo, le infundía la santidad del lugar. Aparecieron entonces dos sacerdotes, curados de aquellos necios escrúpulos. Una vieja crónica lo relata así: "Se encontró otro hombre que, *por ser un sacerdote*, estaba más acostumbrado al lugar y no sentía, por tanto, la superstición que la santidad del templo inspiraba". Pero esto lo echó a perder todo. Los sacerdotes, aunque más sacrílegos que los bravos, eran menos diestros en las artes del asesinato. No acertaron a descargar sus puñales. Julián fue mortalmente apuñalado por Bernardo Bandini y Francesco de'Pazzi, en el momento mismo de alzar. Pero Lorenzo escapó con una herida sin importancia. Toda la conspiración se vino a tierra. En la venganza que el enfurecido pueblo de Florencia tomó sobre los asesinos, fueron colgados de las ventanas del Palazzo Pubblico el arzobispo Salviati, Jacobo y Francesco de'Piazzini y algunos otros conspiradores. Por este acto de violencia perpetrado en la sagrada persona de un sacerdote asesino, el papa, que tenía sobre su propia conciencia un crimen horrendo, hecho de traición, sacrilegio y asesinato, excomulgó a Florencia y sostuvo durante varios años una guerra furiosa contra la república. Y sólo en 1481, cuando la aparición de los turcos sobre Otranto le hizo temblar por su propia seguridad, accedió a sellar las paces con aquellos enemigos a quienes él mismo había provocado, conspirando para darles la muerte.

Otro rasgo peculiar del pontificado de Sixto IV merece especial mención. Bajo sus auspicios, en 1478, fundóse en España la Inquisición para el exterminio de los judíos, los moros y los cristianos manchados de herjía. Durante los cuatro años siguientes, fueron quemados en Castilla unas 2 000 víctimas. En Sevilla, destinóse a estas ejecuciones rituales un lugar aparte — una nueva Aceldama—, conocido con el nombre del Quemadero; en un año, fueron entregados allí a las llamas 280 herjes, a la par que se condenaba a otros 79 a la cárcel perpetua y a unos 17 000 a penas más leves. Cinco mil casas fueron abandonadas por sus moradores, solamente en Andalucía. Años más tarde, en 1492, el rey de España dio su famoso decreto contra los judíos, y no

habían pasado cuatro meses de esto cuando toda la población judía fue obligada a salir del país, sin llevar con ella ningún objeto de oro o plata. No les quedaba otro recurso que convertir sus propiedades, de la noche a la mañana, en letras de cambio y en bienes fácilmente transportables. El mercado viose en seguida ahíto: una casa se entregaba por un asno y una viña por una prenda de vestir. En vano intentó la raza perseguida comprar la remisión de aquella inexorable sentencia mediante el pago de un exorbitante rescate. Torquemada presentóse ante el rey Fernando y la reina, esgrimiendo el crucifijo y gritando: "Judas vendió a Cristo por 30 monedas de plata; si vuestras Majestades lo venden ahora por una suma mayor, tendrán que responder de su acto ante el mismo Dios". Comenzó el éxodo. Ochocientos mil judíos salieron de España.²¹ **N** Algunos dirigieron a las costas de África, donde los árabes abrieron sus cuerpos en busca de las gemas o el oro que pudieron haber tragado y violaron a sus mujeres; otros buscaron refugio en Portugal, donde compraron el derecho a la vida mediante el pago de gravosos impuestos de capitación y donde vieron cómo sus hijos y sus hijas eran arrastrados ante sus propios ojos a las aguas del bautismo. Otros fueron vendidos como esclavos o tuvieron que presentarse a aplacar la rapacidad de sus perseguidores con los cuerpos de sus hijos. Muchos saltaron a los pozos o buscaron, desesperadamente, su salvación en el suicidio. El Mediterráneo viose plagado de pronto de flotas de barcos abarrotados de estos proscritos, muertos de hambre y diezmados por la peste. Habiendo logrado llegar al puerto de Génova, se les negó el permiso para residir en la ciudad y murieron como moscas en los muelles.²² **N** Sus cuerpos emponzoñados e insepultos propagaron por toda la costa italiana una mortal pestilencia, que solamente en Nápoles llevó la muerte a 20 000 personas. Saltando de playa en playa, estos espectros malditos, víctimas del fanatismo y la avaricia, en todas partes saqueados y de todas partes arrojados sin misericordia, iban disminuyendo y acabaron por consumirse.

Entre tanto, los ortodoxos se regocijaban. Pico della Mirandola, que se había pasado la vida tratando de reconciliar a Platón con la Cábala, no encuentra, ante tanto dolor, más palabras que éstas: "Los sufrimientos de los judíos, con los que se recreaba la gloria de la justicia divina, eran tan grandes que llenaban de conmiseración a los corazones cristianos".

Comparemos sus palabras con el siguiente pasaje de Senarega: "El asunto, a primera vista, parecía digno de elogio, por cuanto se honraba a nuestra religión; pero no dejaba de envolver cierta crueldad, si vemos en ellos, no a bestias, sino a hombres, criaturas de Dios". Y un crítico de este siglo sólo acierta a exclamar, con estupefacción: *Tantum religio potuit suadere malorum!* Así comenzó España a devorarse y despoblarse. La maldición lanzada primero contra los judíos y los moriscos cayó más tarde sobre los pensadores y los patriotas. Toda la vida de la nación, su comercio, su industria, su pensamiento libre, su energía de carácter, se vio deliberada y continuamente estrangulada. Y no habría de pasar mucho tiempo antes de que esta plaga se propagase de España a Italia, paralizando los vitales movimientos de su múltiple existencia en una rígida uniformidad, amortajando la luz y el color de sus letras y sus artes en las tinieblas de la lobreguez inquistorial.

Extraña actitud la de un Sixto IV, entregado a sus placeres y a sus delicias en el Vaticano, decorando con obras maestras la capilla que inmortalizara su nombre,²³ **N** sembrando la discordia en Italia para el engrandecimiento de sus favoritos, regateando los precios que debían pagar los aspirantes a un obispado, exprimiendo dinero a las exhaustas provincias, conspirando para deshacerse por el asesinato de sus enemigos, azuzando por medio de indulgencia a los semibárbaros montañeses de Suiza a lanzarse sobre Milán, negándose a ayudar a Venecia como paladín de la cristiandad contra los turcos, y al mismo tiempo pensando en hacerse grato a Dios con el holocausto de los moriscos, enviando a la muerte a miríadas de judíos hambrientos, confiriendo al felón y avaricioso rey Fernando el título de *Católico*, tratando de lavar sus pecados con la sangre de otros y de quemar sus propios vicios en las llamas de los autos de fe de Sevilla y creando aquella diabólica fábrica de la Inquisición para afianzar el edificio que su propia infamia estaba minando.²⁴ **N** Y no se crea que es éste el lenguaje de un protestante denunciando al papa. Todo el respeto que debemos a la Iglesia católica romana, alma máter de la Edad Media, augusta y venerable monumento de la antigüedad inmemorial, no puede llevarnos en modo alguno a cerrar los ojos a esas contradicciones tan clamorosas entre los hechos y las

pretensiones sobre las que derrama una luz tan cruda y tan espeluznante la historia del Renacimiento italiano.


Después de Sixto IV subió al solio pontificio Inocencio VIII. Su nombre en el siglo era Giambattista Cibo. El Sacro Colegio, aterrado por la experiencia del papa anterior y temiendo que otro tan temerario como él en la creación de escandalosos cardenales acabara destruyendo el cristianismo, impuso al pontífice electo las más solemnes obligaciones. El nuevo papa juró ante cada reliquia, por cada santo, ante todos y cada uno de los cardenales del Cónclave, que mantendría en la Iglesia cierto orden para los nombramientos y la pureza de la elección. No sería designado para la dignidad cardenalicia quien no tuviera los 30 años cumplidos, no más de un miembro de la familia del papa, nadie que no ostentara el título de doctor en Teología o en Leyes, y así sucesivamente. Pero, tan pronto como la tiara ciñó sus sienes, Inocencio VIII sintióse revelado de todos sus juramentos y promesas, como incompatibles con los derechos y las prerrogativas de la Cátedra de San Pedro. El papa era libre de cancelar todas las obligaciones asumidas por el hombre.

Poco es lo que hace falta decir del pontificado de Inocencio VIII. Fue éste el primer papa que tuvo el valor de reconocer públicamente a sus siete hijos, llamándolos por este nombre.²⁵ **N** La avaricia, la venalidad, la pereza y el ascendiente de bajos favoritos, hicieron de su pontificado una maldición, pero sin el brillo y el esplendor de los escándalos de su orgulloso predecesor. Inocencio VIII, en la corrupción, dejó pequeño incluso a un Sixto IV, al fundar en Roma un banco para la venta de bulas y absoluciones.²⁶ **N** Cada pecado tenía su precio, y se daban al pecador todas las facilidades necesarias para pagar: 150 ducados de la tasa pasaban a las arcas pontificias, el resto, si quedaba alguno, iba a manos de Franceschetto, el hijo del papa. Este insignificante principillo para quien el papa, su padre, compró el candado de Anguillara, sólo mostró talento o ambición para todo lo que fuese conseguir dinero o gastarlo. Era bajo de estatura y de espíritu apocado; y, sin embargo, de él dependieron los destinos de una de las importantes casas reinantes de Europa, pues en 1487 su padre casó con Magdalena, la hija de Lorenzo de Médicis. Ello hizo que Giovanni de Médicis recibiera el capelo cardenalicio a los 13 años, con lo que se trasplantaron a Roma los

intereses y las ambiciones de esta dinastía. En el curso de unos cuantos años, los Médicis dieron dos papas a la Santa Sede y su influencia sobre la Iglesia vino a remachar las cadenas del yugo de Florencia.²⁷ **N** El tráfico llevado a cabo por Inocencio VIII y su hijo Franceschetto con el robo y el asesinato hizo que la Campagna se viese plagada de bandoleros y asesinos.²⁸ **N** Viajeros, peregrinos y embajadores eran asaltados y asesinados por los caminos hacia Roma; y en la misma ciudad fueron públicamente asesinados, en la mayor impunidad, durante los últimos meses de la vida del papa, más de 200 individuos.

El papa iba sumiéndose poco a poco en el último sueño, y Franceschetto urdía planes para quedarse con sus dineros. Cuando el Santo Padre rondaba todavía entre la vida y la muerte, un médico judío propuso revigorizarlo mediante la transfusión de sangre joven en sus aletargadas venas. Tres muchachos en los que palpitaban el elíxir de la temprana juventud fueron sacrificados en vano. Cada uno de ellos recibió, según nos cuenta Infessura, un ducado como pago. El comentario del cronista no deja de tener cierto amargo humorismo: *Et Paulo post mortui sunt; Judoeus quidem aufugit, et Papa non sanatus est.* El epitafio grabado sobre la tumba del viejo papa suena como un aticismo agudo, pero blasfemo: *Ego autem in Innocentiâ meâ ingressus sum.*

Los cardenales, entre tanto, no habían permanecido ociosos. Supieron emplear el largo y tedioso intervalo del letargo de Inocencio VIII en un trajín simoniaco. Digamos de pasada que la simonía daba a las grandes familias italianas un interés directo en la elección de los candidatos más ricos y que mejor pagaban. Le cuadraba muy bien a un hombre como Ascanio Sforza engordar la gallina de oro que ponía tales huevos, antes de retorcerle el cuello; en otras palabras, aceptar los sobornos de Inocencio y Alejandro, demorando para el momento oportuno su propia exaltación al pontificado. Todos los cardenales que formaban el Sacro Colegio, con excepción de Rodrigo Borgia,²⁹ **N** eran criaturas de los dos papas anteriores. Como habían comprado sus capelos por oro, no mostraron ahora el menor reparo en vender sus votos al mejor postor. El Borgia era el más rico, el más fuerte, el más sabio y el más mundano de todos. Calculó exactamente cuánto valdría el sufragio de cada uno de sus

cofrades y trazó sus planes en consonancia con ello. El cardenal Ascanio Sforza, hermano del duque de Milán, aceptaría el lucrativo puesto de vicescanciller. El cardenal Orsini quedaría satisfecho con los palacios de los Borgia en Roma y los castillos de Monticello y Saviano. El Cardenal Colonna tenía la vista puesta en la abadía de Subbiaco, con sus fortalezas. El cardenal S. Angelo prefería el confortable obispado de Oporto, con las bodegas de su palacio repletas de vinos escogidos. El cardenal de Parma aceptaría la diócesis de Nepi. El de Génova podría congraciarse con la iglesia de Santa María, en la Vía Lata. Otros miembros menos influyentes del Cónclave podían comprarse con oro: para satisfacer sus exigencias, los Borgia enviaron a Ascanio Sforza, en pleno día, cuatro mulas cargadas de oro, con instrucciones para que lo repartiera entre los votantes, en proporciones adecuadas. El orgulloso Giuliano della Rovere permanecía implacable e irreductible. Su vehemente temperamento vislumbraba en el de Borgia un adversario digno de él. Jamás volvería a quitarse la armadura que se ponía para el primer encuentro, y ya desde aquel día ofreció una enconada guerra a toda la parentela de los Borgia en Ostia, en la corte de Francia, en la Romaña, dondequiera que se le presentara la oportunidad de darles la batalla³⁰  Él y otros cinco cardenales —entre ellos, su primo Rafael Riario— negáronse a vender sus votos. Pero Rodrigo Borgia, habiendo logrado corromper al resto del Cónclave, tomó el manto de San Pedro en 1492, bajo el nombre verdaderamente memorable de Alejandro VI.

En Roma reinaba un gran regocijo, La ciudad Eterna vistióse con sus mejores galas. En cada balcón y en cada bandera campeaba el Toro de los Borgia y de todas partes se alzaba un grito parecido al de los egipcios cuando descubrieron al Buey Apis:

*Vive diu! Vive diu Bos! Borgia vive!
Vivit Alexander: Roma beata manet.*

En aquellos días de júbilo, Roma no barruntaba las calamidades que la aguardaban, ni abrigaba la menor sospecha de que acaba de subir al solio un papa que habría de merecer la execración de los siglos venideros. El pueblo veía en Rodrigo Borgia, todavía, un hombre cumplido en todos los puntos, de

bella figura, porte real, mayestática presencia y afables maneras. El nuevo papa era un brillante orador, un amante apasionado, un semidiós del fasto cortesano y del boato eclesiástico, cualidades todas que, aunque no cuadren muy bien a nuestras emociones de un hombre de Iglesia, era muy del gusto del Renacimiento. Cuando cabalgaba en triunfo hacia el palacio Laterano, alzábanse de la muchedumbre voces en su elogio. "Monta —escribe uno de los humanistas del siglo—³¹ **N** un caballo blanco como la nieve y avanza sobre él con frente serena e imponente dignidad. Cuando reparte sus bendiciones entre la multitud todos los corazones están fijos en él y todos los corazones se regocijan. ¡Cuán admirable es la dulce compostura de su semblante! ¡Cuán noble su continente ! ¡Cuán clara y abierta su mirada! Su estatura y su cortejo, su belleza y la talla y vigor de su cuerpo realzan en seguida la reverencia que su persona inspira ." Y otro panegirista³² **N** nos describe "su ancha frente, sus reales cejas, su libre continente pleno de majestad", añadiendo que la naturaleza le había dotado de "la belleza heroica de su cuerpo" para que pudiera "adornar la silla de los Apóstoles con su divina forma corpórea, en lugar de Dios".

Cuán poco se asemejaban el Borgia de los primeros días de su pontificado al Alejandro VI con que la leyenda de sus años posteriores ha familiarizado nuestra imaginación, se desprende de la siguiente estampa, tomada de un escritor de aquel tiempo:³³ **N** "Es un hombre de hermosa presencia, agradable continente y aspecto jovial, dotado de una melosa y escogida elocuencia; ninguna de las bellas mujeres en quienes se posa su vista deja de sentirse enamorada de él, atraída por sus gracias con una fuerza misteriosa y poderosa, como la del imán que atrae el hierro". No olvidemos que se trata de testimonios de hombres de letras imbuidos de los sentimientos paganos del siglo XV y jubilosos por el advenimiento del papa llamado a convertir a Roma, según esperaban ellos, en la capital del lujo y la licencia. Debemos, pues, acogerlos con todas las reservas del caso. Nada hace, sin embargo, suponer que la mayoría de los italianos vieran con particular horror la exaltación del Borgia al trono de los papas. Había dado pruebas de su talento como cardenal, sin dar en cambio señales de crueldad o de mala fe. Y su moral no era peor que la de los otros hombres honrados con el capelo cardenalicio. Era, cierto es, padre de varios hijos, pero también lo

era Giuliano della Rovere, como lo había sido antes de él el papa Inocencio. La cosa no tenía ninguna gravedad, en una época como aquélla, en que el primado de la cristiandad estaba como un soberano secular, menos afortunado que otros príncipes, por cuanto que su gobierno no era hereditario, y más venturoso, en el sentido de que podía blandir el rayo y dispensar los favores y gracias de la Iglesia.

Algunos hombres de claro discernimiento, muy pocos, dábanse cuenta de lo que se había hecho y se estremecía de horror. "El rey de Nápoles —dice Guicciardini—, aunque sin dejar que su amargura se trasluciese, dijo a la reina, su esposa, con lágrimas en los ojos —aquél hombre que había sabido dominarse para no llorar a la muerte de sus propios hijos—, que acababa de ser elegido un papa cuyos hechos habrían de ser funestos para toda la cristiandad." Y el joven cardenal Giovanni de Médicis mostró también un claro juicio de la situación, al musitar en el Cóclave, al oído de su pariente, el de Cibo: "Estamos en la quijada del león, y nos devorará a todos, si no sabemos volar bien". Existía entonces en Italia, dicho sea entre paréntesis, una repugnación muy extendida contra los intrusos españoles — "marranos" o moriscos renegados, los llamaba la voz popular—, que pululaban por el Vaticano y amenazaban con apoderarse de su país adoptivo como conquistadores. "Diez papados no bastarían para saciar la voracidad de toda esta parentela", escribía Giannandrea Boccaccio al duque de Ferrara, en 1492; y la realidad encargábase de demostrar cuán fundados eran estos temores: durante el pontificado de Alejandro fueron creados 18 cardenalatos españoles, cinco de los cuales pertenecían a la familia de los Borgia.

Es cierto, sin embargo, y aun dando por descontados estos justos temores de lo más clarividentes, que los italianos de la época de su elección no sentían, ni mucho menos, el horror con que el solo nombre de Alejandro VI llena los oídos del hombre moderno. El sentimiento de odio con que más tarde aparece rodeado su nombre se debe, en parte, a los crímenes que mancharon su pontificado, en parte al miedo que inspiraba su hijo César y en parte a los misterios y libertinajes de su vida privada, que sublevaban hasta las conciencias más corrompidas del siglo XVI. Este sentimiento de odio había ido creciendo hasta

convertirse en una execración universal cuando llegó la hora de su muerte. Con el tiempo, cuando ya la atención de las naciones del norte se proyectaba hacia las inquietudes de Roma y se percibía bien a las claras la estridente discrepancia que existía entre las pretensiones de Alejandro como papa y su conducta como hombre, inspiró una leyenda que, como todas las leyendas, deforman los hechos por ella reflejados.

Alejandro VI era, en verdad, un hombre eminentemente dotado para cerrar una época vieja y abrir otra nueva, para demostrar la paradójica situación de los papas con la inexorable lógica de su impiedad práctica y para fundir en el cinismo de la suprema corrupción las dos fuerzas que pugnaban por gobernar el mundo. Los emperadores de la dinastía julia habían llegado al extremo de lo concebible, en la sensual insolencia de su autocracia. Habían gozado sin cortapisas de cuanto podían apetecer de extraño, de dulce y de terrible en los frutos prohibidos del placer. Los papas de la Edad Media —un Hildebrando y un Bonifacio— habían desplegado, en su teocracia, la más extrema insolencia espiritual. Habían logrado cuanto apetecían de tiránico y de violento en el ejercicio de un despotismo usurpado sobre las almas. El papa Borgia aunó ambos impulsos, llevándolos hasta los extremos de los incocebibles. No carecen de razón quienes lo pintan como el Genio del Mal, cuyas sensualidades, tan desenfrenadas como las de un Nerón, se destacaba sobre el fondo de aquella hoguera de llamas y de humo que la humanidad había levantado para castigar los pecados de la carne. Su tiranía espiritual, aquel derecho arrogado por virtud del cual reclamaba para sí el hemisferio descubierto por Cristóbal Colón e imponía sobre las prensas de Europa la censura de la iglesia romana, hacía diez veces más monstruosa por el crudo resplandor que sobre ella proyectaban las pavorosas llamaradas de una vida impía. La conciencia universal de la cristiandad se subleva ante los indescriptibles desenfrenos, ante las orgías de sangre y las bacanales de placer en que vivía sumido, en la plenitud de sus años de lozana y vigorosa ancianidad, este versátil diplomático y este sutil sacerdote que dominaba los consejos de los reyes y dirigía ante los ojos de todo un mundo los servicios religiosos de la Pascua romana. Roma, en sus actos, no ha sido nunca pequeña, débil o mediocre. Bajo el pontificado de Alejandro, "esta memorable escena" ofrecía a las naciones del

mundo moderno el espectáculo del Anticristo y la Antifisis, la negación del Evangelio y de la naturaleza; la imagen más clamorosa de la discordia entre la humanidad tal como aspira a ser en su parte mejor y de lo peor de la humanidad; una tragicomedia compuesta por un Aristófanes infernal, en la que el papel protagonista corría a cargo del servidor de los servidores, del ungido de Dios, del vicario de Cristo sobre la tierra. Tal vez se diga que este lenguaje es el de la leyenda, y no el de la historia. A ello cabe replicar que hay momentos en que la leyenda sabe captar certeramente el espíritu de la verdad.


Alejandro era un hombre más vigoroso y más firme que sus predecesores. De él dice Guicciardini: "Combinaba la fuerza con una gran sagacidad, la claridad de juicio con un poder extraordinario de persuasión; y ponía en todos los asuntos graves de la vida gran talento y un esfuerzo increíble".³⁴ **N** Su primera preocupación fue restaurar el orden en Roma. Las viejas facciones de los Colonna y los Orsini, a las que Sixto IV había hostilizado y que volvieron a levantar cabeza durante la chochez de Inocencio VIII, fueron destruidas bajo el pontificado de Alejandro. Fue así como este papa, según observa Maquiavelo,³⁵ **N** sentó los verdaderos fundamentos para el poder temporal del pontificado. Alejandro, como soberano, llevó a cabo, en realidad, para la Santa Sede, la misma obra que Luis XI había realizado con respecto al trono de Francia, e hizo que Roma, en menor escala, se ajustara al tipo de las grandes monarquías europeas.

La felonía y los perjuros del papa, "que nunca hizo otra cosas que engañar, ni pensaba siquiera más que en esto, encontrando siempre una ocasión para el fraude,"³⁶ **N** al combinarse con su claro intelecto lógico y con su persuasiva elocuencia, hacían de él un temible adversario. Supeditaba a la política, con estricta imparcialidad, todas las consideraciones de religión y moral. Y su política no conocía más que dos objetivos: el engrandecimiento de su familia y la consolidación del poder temporal. Aspiraciones bien pobres, por cierto, para la ambición de un potentado que pretendió conferir a España, de un plumazo y por el imperio de su autoridad, el dominio del nuevo mundo recién descubierto. Y, sin embargo, la consecuencia de esas dos

miras abrumaban sus fuerzas y lleváronle a la perpetración de enormes crímenes.

Sus antecesores en el pontificado habían acumulado dinero mediante la venta de beneficios e indulgencias; también Alejandro recurría a estos medios, y en una extensión tan desmedida, que llegó a circular por Roma este epigrama; "Alejandro vende las llaves de San Pedro, los altares y a Cristo. ¿Y por qué no ha de hacerlo, si los ha comprado con su dinero?" Pero no se contentaba con esto, sino que iba todavía más allá, aprendiendo de Tiberio. Después de venderla púrpura al mejor postor, nutría de ricos beneficios al prelado favorecido. Y cuando lo había cebado lo suficiente, lo envenenaba, confiscaba sus tesoros, y volvía a empezar el juego. Paolo Capello, embajador veneciano, escribía en 1500: "No pasa noche sin que aoparezcan en Roma cuatro o cinco personas asesinadas, obispos, prelados y así sucesivamente". Panvinio da los nombres de tres cardenales de los que se sabía que habían sido envenenados por el papa; y a ellos hay que añadir los de los cardenales de Capua y Verona.³⁷ **N** Era peligroso, en aquellos días, ser príncipe de la Iglesia; y si, a la postre, el Borgia no se hubiera envenenado él mismo por error, no cabe duda de que alguien habría tenido que aceptar tan peligroso privilegio. El tráfico con las dignidades de la Igesia llevábase a cabo en gran escala: así, por ejemplo, en un solo día del año 1500, fueron sacados a subasta 12 capelos cardenalicios.³⁸ **N** Fue por los días en que el papa necesitaba tener en el Cónclave los votos necesarios para la cesión de la Romaña a César Borgia y, además, volver a llenar sus exhaustas arcas. Cuarenta y tres cardenales fueron creados por él en 11 promociones: se calcula que cada uno de estos nombramientos le valía, por término medio, unos 10 000 florines; algunos más, pues sabemos que el precio pagado por Francesco Soderini fue de 20 000 florines y que el abandono por Doménico Grimmani ascendió a la suma de 30 000.

Los anteriores papas habían predicado la cruzada contra el Turco, unos más débilmente, otros con mayor fuerza, según el grado de amenaza contra las costas de Italia. Alejandro inventó varias veces al sultán Bayaceto a entrar en Europa y liberarle de los príncipes que se oponían a las intrigas del papa en favor de sus hijos. La cordialidad reinante entre el papa y el sultán

dependían, hasta cierto punto, de la suerte del príncipe Djem, hermano de Bayaceto e hijo del conquistador de Constantinopla, que había huido de entre los suyos, buscando refugio y protección entre las potencias cristianas. El papa retenía en prisión al príncipe musulme, cobrando de la Puerta por este servicio 40 000 ducados anuales. Inocencio VIII había sido el primer papa que atrajo a la trampa, en 1489, a esta lucrativa presa. El sultán envióle, en señal de gratitud, la lanza de Longino, e Inocencio, que mandó construir un altar para la reliquia, ordenó que su tumba se levantase cerca de él. La efigie de bronce de este papa, obra de Pollaiuolo, ostenta en su mano el sangriento regalo del infiel al pontífice máximo de la cristiandad. Mientras tanto, el hermano del sultán permanecía en Roma, donde mantenía su corte musulmana al lado de la del Santo Padre en el Vaticano. Se han conservado los textos de despachos diplomáticos en los que Alejandro y Bayaceto cambian protestas de la más cordial amistad y en los que el turco implora a su grandeza —tal era el título que daba al papa— que ponga fin a la vida del desventurado Djem, hermano suyo, prometiéndole como premio al asesinato la suma de 300 000 ducados y la túnica de Cristo, que era probablemente aquella misma túnica sin costuras sobre la que habían jugado sus dados los centuriones del Calvario.³⁹  El dinero y la reliquia llegaron, en efecto, a Italia, pero fueron interceptados por Giuliano della Rovere. Antes de que el trato con el sultán llegara a concluirse, Alejandro viose obligado a entregar el prisionero musulmán al rey de Francia. Pero el desdichado turco llevaba ya en las venas el veneno de acción lenta de los Borgia y murió en el campamento de Carlos, emplazado entre Roma y Nápoles. Puede que otros crímenes de Alejandro sean perdonables, pero no es fácil exonerarlo de este vergonzoso tráfico con los turcos. Al apelar de las potencias de Europa al sultán, en aquellos días en que la amenaza que pesaba sobre el mundo occidental era todavía muy seria, se hizo reo de alta traición contra la cristiandad cuyo jefe profesaba ser, contra la civilización, que la Iglesia alegaba defender, y contra Cristo, cuyo vicario sobre la tierra se llamaba el papa.

Alejandro VI, al igual que Sixto IV, combinaba esta actitud contraria al espíritu y a los intereses del cristianismo con un gran celo por el dogma. En cuestiones de ortodoxia formal, jamás vacilaba, y las medidas adoptadas por él para remachar las

cadenas de la superstición sobre los espíritus revelaban en su cálculo la firmeza militar de un Napoleón. Fue él quien estableció la censura de la prensa, obligando a los impresores, bajo pena de excomunión, a someter los libros por ellos publicados al previo examen de los arzobispos o de la autoridad eclesiástica en quien éstos delegaran. No faltaremos a la verdad si decimos que el breve pontificado de 1º de junio de 1501 por el que se implantó esta medida retrasó, por lo menos en Italia y en España, la marcha de la civilización.

El vicio de la lujuria acosó al papa a lo largo de toda su vida.⁴⁰ **N** Fue ésta la causa de todos los crímenes por él perpetrados, junto a la debilidad rayana en la demencia que sentía por sus hijos y que le llevó a convertirse en verdadero esclavo del nefasto César. Alejandro, aunque sensual, no era glotón. Boccaccio, el embajador de Ferrara, escribe: "El papa sólo come un plato. Ello hace que resulte desagradable tener que acompañarle a la mesa". En este punto, sale favorecido de la comparación con los prelados romanos de la época de León X. Sus relaciones con Vannozza Catanei, esposa titular de Giorgio de la Croce, primero, y después de Carlo Canale, y con Julia, la Farnesina,⁴¹ **N** a quien llamaba "La Bella", no se recataban en lo más mínimo. Estas dos sultanas gobernaron al papa durante la mayor parte de su carrera, al mismo tiempo que hacían la vista gorda al verdadero harén que Alejandro mantenía en el Vaticano, a la manera oriental.

Un incidente ocurrido durante la invasión francesa de 1494 pinta con vivos colores la vida doméstica de un papa del Renacimiento. Monseñor de Allegre encontró cerca de Capodimonte, el 29 de noviembre, y las llevó a Montefiascone, a las damas Julia y Girólama Farnesio, en unión de su dueña Adriana de Milá. La suma fijada por su rescate fue de 3 000 ducados. El papa los pagó enseguida, y las damas fueron puestas en libertad el 1º de diciembre. Alejandro salió a recibirlas a las afueras de Roma, ataviado como un galán que nada tuviera que ver con la Iglesia, vistiendo un justillo negro con aplicaciones de brocado de oro y el talle ceñido por un cinturón español del que pendía su daga. Lodovico Sforza, al enterarse de lo ocurrido, observó que había sido una necesidad soltar a aquellas dos damas, que eran "los ojos y el corazón" de Su Santidad por un

rescate tan exiguo, y que si se hubiesen pedido por ellas 50 000 ducados el papa los habría pagado de buena gana. Este incidente, unido a otras chanzas parecidas que circulaban sobre el papa, indica hasta qué punto los italianos estaban acostumbrados a considerar al pontífice como un príncipe secular. Y tampoco provocaba la menor indignación moral entre la gente de su tiempo el boato de Alejandro, sentado sobre la silla de San Pedro, con su hija Lucrecia sentada a uno de los lados del trono, y al otro su nuera Sancia. Del mismo modo que los romanos no mostraron ningún asombro cuando Lucrecia fue nombrada gobernadora de Espoleto y regente plenipotenciaria del Vaticano, en ausencia de su padre. Pero entre los pueblos del norte, estos escándalos producían una impresión muy distinta e iban preparando el camino para la Reforma.

El nepotismo de Sixto IV palidece ante la desaforada ambición paternal de Alejandro VI. La pasión de la paternidad, llevada a extremos que rebasaban los límites del cariño natural de un padre y que era verdaderamente escandalosa en un pontífice romano, era el móvil principal de las acciones del papa. Hizo al mayor de sus hijos con la Vannozza duque de Gandía; al menor lo casó con doña Sancha, hija de Alfonso de Aragón, que honró al muchacho con el ducado de Esquilache. César, el segundón de esta familia, fue nombrado obispo de Valencia y cardenal. Los ducados de Camerino y Nepi fueron conferidos a otro de estos vástagos, Juan, a quien Alejandro presentó primero como nieto suyo, hijo de César, y a quien más tarde reconoció como hijo. Hay razones para sospechar que lo había dado a luz Lucrecia. A Rodrigo, hijo de Lucrecia, se le entregó el ducado de Sermoneta, arrancado por un momento de manos de la familia Gaetani, a quien seguía perteneciendo.

Lucrecia, la única hija de Alejandro, de quien era madre la Vannozza, tuvo tres maridos sucesivos, después de haber sido formalmente prometida a dos nobles españoles, don Querubín Juan de Centellas y don Gaspar de Prócida, hijo del conde de Aversa. Estos compromisos de matrimonio, contraídos antes de que su padre subiera al pontificado, fueron anulados por considerarse que no eran lo bastante brillantes para la hija de un papa. En 1492, Lucrecia casó con Giovanni Sforza, señor de Pésaro. Pero en 1497, las pretensiones de los Borgia rebasaban

ya esta alianza y su política pública propendía hacia las relaciones con las cortes del sur de Italia. En vista de ello, se anuló aquel matrimonio, para dar a Lucrecia por esposa a Alfonso, príncipe de Biseglia, hijo natural del rey de Nápoles. Cuando el padre del segundo marido perdió la corona, los Borgia, a quienes no les interesaba estar emparentados con una familia destronada, hicieron que Alfonso fuese apuñalado en las gradas de San Pedro, en 1501; y cuando el mozo luchaba entre la vida y la muerte, mandaron a Michelozzo, asesino en jefe de César, a estrangularlo en su cama. Por último, en 1502, Lucrecia casó con otro Alfonso, príncipe heredero de Ferrara.⁴² **N** El orgulloso heredero de la dinastía de Este viose obligado por razón de Estado y contra su voluntad a tomar como esposa a una hija bastarda del papa, divorciada dos veces, una de ellas desembarazada de su marido por el asesinato, y manchada, con razón o sin ella, por terribles rumores, a los que la conducta de su padre y de su hermano daban, por lo menos, un color de apariencia. Con todo, esta extraña mujer demostró ser una gran princesa y murió de sobrepeso, después de haber sido ensalzada por Ariosto como una segunda Lucrecia más excelsa por sus virtudes que la luminaria de la Roma de los reyes.

Por lo menos, la historia ha hecho justicia a la memoria de esta mujer, de larga cabellera rubia tan celebre y tan bella como incoloro era su carácter. La leyenda que la presentaba como una Ménade destiladora de venenos se ha revelado como una mentira, pero a costa de la sociedad con que vivía. Las ingenuas gentes del norte, familiarizadas con los cuentos de Chriemhild, Brynhild y Gudrun, que tanto ayudaron a forjar esta leyenda, no acertaban a comprender que una mujer pudiera ser inocente de todos los escándalos y crímenes perpetrados en su nombre. Hoy, parece haberse demostrado ya que las atrocidades que aparecen unidas a su vida marital en Roma no fueron obra suya, sino de su padre y de su hermano. Lucrecia permanecía impasible y siempre sonriente ante las tormentas que estallaban en torno a su cabeza, desde dentro y desde fuera, hasta que por último encontró un tranquilo refugio en el ducado de Ferrara. Educada en la corrupción de la Roma papal, que Lorenzo de Médicis describe a su hijo Giovanni como el "vertedero de todos los vicios", obligada a convivir con las concubinas de su padre y consciente de que su madre había estado casada solamente para cubrir las formas con


dos maridos consecutivos, no podemos pedir que Lucrecia se condujese con la decencia y la honestidad de una dama virtuosa. Nada tendría de particular que algunas de las historias más sombrías que sobre ella circulaban tuviesen un fundamento de verdad. Recordemos que el señor de Pésaro dijo a su pariente, el duque de Milán, que las razones alegadas como fundamento de su divorcio eran falsas y que la verdad era tal, que no podía hacerse pública.⁴³ **N**o existen, sin embargo, razones para suponer que en lo tocante a la anulación del matrimonio con su primer marido y el asesinato del segundo, fuese más, que un instrumento pasivo en manos de Alejandro y de César. La mujer del Renacimiento, dada al placer y exenta de preocupación, es muy diferente de la Medea del mito de Victor Hugo; y lo que más subleva la conciencia del hombre moderno, en su conducta, es la complacencia con que asistía a escenas de desenfreno montadas para su solaz y deleite.⁴⁴ **N**o En vez de contemplarla con horror, como una bruja maligna y poderosa, debemos mirarla con desprecio, como una mujer débil, manchada desde la cuna con todas las taras sensuales. Asimismo debe reconocerse, en honor a la verdad, que, siendo princesa de Ferrara, supo ganarse la estima de un marido que se vio unido a ella contra su voluntad, atraerse la devoción de súbditos y cortesanos por la dulzura de su carácter y recibir los panegíricos de los dos Strozzi, Bembo, Ariosto, Aldo Manuzio y muchos otros hombres notables. Los extranjeros que la vieron, rodeada de su brillante corte, exclamaban, como el biógrafo francés de Bayardo: *J'ose bien dire que, de son temps, ni beaucoup avant, il ne s'est point trouvé de plus triomphante princesse; car elle était belle, bonne, douce, et courtoise à toutes gens.*

Y, a pesar de todo, también en Ferrara siguieron rondando a esta mujer tragedias que recordaban las del Vaticano. Alfonso, hombre de maneras rudas y entregado a la fundición de cañones, apenas se mezclaba en la vida que su esposa llevaba entre los suizos y hombres de letras que la rodeaban. Sin embargo, un día del año 1508, el poeta Ercole Strozzi, que había cantado las gracias de la princesa, fue encontrado muerto, envuelto en su manto y cosido por 22 puñaladas. No se abrió la menor investigación judicial sobre el asesinato. El rumor público atribuía el hecho a Lucrecia y a su marido: a éste, porque sentía celos de su esposa; a Lucrecia, porque su poeta acababa de casarse con

Bárbara Torelli. Dos años antes, otro sombrío crimen cometido en Ferrara había sacado de nuevo a la luz pública el nombre de los Borgia. Una de la damas de Lucrecia, Ángela Borgia, era cortejada por dos hermanos, Julio de Este y el cardenal Hipólito. La dama elogió los ojos de Julio para que llegara a oídos del cardenal, el cual alquiló a unos espadachines para que mutilasen la cara de su hermano. Julio escapó con la pérdida de un ojo y en vano apeló a la justicia del duque para que fuese castigado el cardenal. En vista de ello juró vengarse de Hipólito y de Alfonso, su encubridor. Su plan consistía en asesinarlos a los dos, para colocar en el trono a Fernando de Este. La traición fue descubierta y los conspiradores comparecieron ante el duque. Éste se lanzó contra Fernando y le clavó su puñal en la cara. Julio y Fernando fueron encerrados en los calabozos del palacio de Ferrara, a donde agonizaron durante varios años, mientras el duque y Lucrecia se recreaban entre sus cortesanos, en las espaciosas salas y las soleadas logias del mismo edificio. Fernando murió en la prisión, en 1540, a la edad de 63 años. Julio fue puesto en libertad el año 1550 y murió a los 83, en 1561. Vale la pena recordar estos hechos de la vida marital de Lucrecia en Ferrara, para no dejarnos llevar demasiado de los halagos de Ariosto. Al mismo tiempo, su historia como duquesa es, en su mayor parte la sucesión de una serie de alumbramientos. Como su madre, la Vannozza, dedicó los últimos años de su vida a obras de caridad y misericordia. Así salvaban su alma las brillantes y funestas damas del Renacimiento.

Pero volvamos a la historia privada de Alejandro VI. El asesinato del duque de Gandía hace salir a escena a toda la familia Borgia. Este hecho aparece relatado con toda minuciosidad y con sorprendente sangre fría por Burchardo, maestro de ceremonias del papa. El duque, acompañado de su hermano César, a la sazón cardenal Valentino, cenó una noche en casa de Vannozza, su madre. Al volver a su casa, dijo que tenía que visitar a una dama de su amistad. Separóse de César, y ya no se le volvió a ver vivo. Al difundirse la noticia de su desaparición, un barquero del Tíber declaró que, en la noche de la muerte del duque, el 14 de junio, había visto arrojar al río el cadáver de un hombre; no se había tomado la molestia de denunciar el hecho, porque "había tenido ocasión de ver, a lo largo de su vida, 100 cadáveres echados al río, en el mismo sitio,

sin que nadie le preguntase por ello después". El papa mandó dragar en las aguas del Tíber durante varias horas, mientras los ingenios de Roma hacían epigramas sobre el fiel sucesor de San Pedro, nuevo pescador de hombres. Por fin, fue pescado el cadáver del duque de Gandía: el cuerpo aparecía cubierto por nueve puñaladas, una en el cuello y las otras en la cabeza, las piernas y el tronco. Todas las pruebas acumuladas sobre el hecho llevaban a la conclusión de que había sido planeado por César; no sabemos a ciencia cierta si por celos de su hermano, demasiado espantosos para ser descritos, o, lo que es más probable, porque deseaba eliminarlo para ocupar el primer lugar en la familia. El papa, consumido de rabia y dolor, parecía una bestia salvaje acorralada. Encerróse en una cámara privada, negándose a probar bocado y gimiendo con lamentos desgarradores y en voz tan alta, que podía oírse en las calles cercanas al palacio. Cuando salió de esta agonía, parecía abatido por el remordimiento. Reunió al Cónclave de sus cardenales, lloró delante de ellos, desgarró sus vestiduras, confesó sus pecados e instituyó una comisión encargada de reformar y corregir los abusos de la Iglesia sancionados por él. Pero aquella tormenta de angustia y de zozobra pasó pronto. Una visita de la Vannozza, madre de sus hijos, lo hizo cambiar súbitamente, y la furia se trocó en reconciliación. Nadie sabe con certeza lo que entre ellos pasó; se supone que la Vannozza hizo ver a Alejandro que César tenía, indiscutiblemente, más talento y mejores condiciones que su hermano, el débil y complaciente duque de Gandía, para ostentar la dignidad de primogénito. El desventurado padre se levantó del suelo, secó sus ojos, pidió de comer, alejó de sí el remordimiento que lo había atenazado y olvidó, con la pena por la muerte de su Absalón, las reformas que había prometido a la Iglesia.

De allí en adelante, se consagró con infatigable energía a forjar la fortuna de César, a quien había relevado de todos sus deberes religiosos y a quien no se sabe qué misterioso poder unía. Toleraba mansamente el salvajismo y la crueldad que aquel joven monstruo descargaba sobre las personas de sus favoritos, en su misma presencia. Un día, César apuñaló por su propia mano a Perotto, el efebo favorito del papa, que había ido a refugiarse en los brazos de Alejandro; la sangre chorreó la túnica pontificia, y el muchacho murió en su regazo.⁴⁵  Otra vez, dio rienda suelta al mismo temperamento diabólico con gran

delectación de su padre. Mandó llevar a uno de los patios del palacio a varios prisioneros condenados a muerte y divirtió al papa y a sus cortesanos disparando, uno por uno, sobre los aterrorizados blancos. Los desdichados corrían alocados por el patio, agachándose y haciendo mil contorsiones para esquivar los flechazos. El cazador hacía alarde de su puntería y de su destreza, clavando sus flechas en el lugar que mejor le parecía. El papa y Lucrecia contemplaban la feroz escena con ojos de arrobó. Renunciamos a transcribir aquí otros espectáculos, no de sanagre, sino de asquerosa sensualidad, organizandos para divertir a su padre y a su hermano y que nos describe la seca pluma de Buchardo.

La historia de la empresa de César de fundar un principado corresponde a otro capítulo.⁴⁶ **N** Pero la ayuda que su padre le prestó en esta tentativa forma parte esencial de la biografía de Alejandro. La visión de una soberanía italiana como la que habían mantenido sucesivamente Carlos de Anjou, Gian Galeazzo Visconti y Galeazzo María Sforza, fascinaba ahora la imaginación de los Borgia. Decidido a convertir a César en un príncipe, su padre se alió a Luis XII de Francia, prometiéndole anular su primer matrimonio y sancionar sus nupcias con Ana de Bretaña, a condición de que el rey se comprometiera a apoyar la exaltación de su hijo. Este trato indujo a Luis a hacer a César duque de Valencia y a concederle la mano de Carlota de Navarra. Entró, además, en Italia y, con sus armas, ayudó a César a conquistar la Romaña.

El sistema que Alejandro y su hijo empleaban en sus conquistas no podía ser más sencillo. Tomaban las capitales de los territorios que trataban de sojuzgar y exterminaban a los príncipes de sus linajes. Así asesinó César a los Varani de Camerion, en 1502, y a los Vitelli y los Orsini, en Sinigaglia, el mismo año. Por órdenes suyas fueron pasados a cuchillo todos los Marescotti en Bolonia; el mismo procedimiento se aplicó a Pésaro, Rímini y Forli; y, después de la captura de Faenza, en 1501, los dos jóvenes Manfredi fueron enviados a Roma, donde, después de exponerlos a los peores insultos, perdieron la vida, ahogados o estrangulados.⁴⁷ **N** Un sistema no menos sencillo sostenía su política en las cortes extranjeras. El obispo de Cette, en Francia, fue envenenado por delatar un secreto de César (1498); el

cardenal de Amboise fue sobornado para que apoyase la causa de los Borgia cerca de Luis XII; la oferta de un capelo rojo a Briçonnet salvó a Alejandro de la amenaza de un concilio general, en 1494.

El interés histórico de los métodos seguidos por Alejandro reside en la adopción consciente y deliberada de todos los medios disponibles para un solo fin: el engrandecimiento de su familia. Su autoridad espiritual, las riquezas de la Iglesia, los honores del Sacro Colegio, las artes de un asesino, la diplomacia de un déspota, todo se ponía sistemática y abiertamente en acción al servicio de esa única mira. Alejandro no renunció a nada de cuanto pudiera debilitar a Italia por la invasión extranjera o la discordia interior, con tal de convertirla en una presa fácil para su venenoso hijo. Cuando Luis XII concertó su infame alianza con Fernando el Católico para despojar del trono a la casa de Aragón en Nápoles, el papa se apresuró a darle de muy buena gana su sanción. Y cuando los dos reyes se disputaban la presa, Alejandro azuzó su discordia, para que César pudiera llevar a cabo sin que nadie le fuese a la mano su operación militar en la Toscana. En su pecho, el patriotismo, ya fue el de un español de nacimiento o el de un potentado italiano, alentaba tan poco como el cristianismo. Engrandecer la casa de los Borgia por medio del fraude, el sacrilegio y la desmembración de las naciones: tal era la política de este papa.

Resultaría fastidioso seguir hasta el fin, paso a paso, la carrera de sus fechorías. Cuando , por fin, llega su hora final, exhalamos un suspiro de alivio. La leyenda de su muerte es como sigue. Los dos Borgia invitáronse a comer con el cardenal Adriano de Corneto en una viña del Vaticano de propiedad de su anfitrión. Había mandado llevar allí, por mano del sumiller de Alejandro, unas botellas de vino envenenado. Por error o por la malicia del cardenal, quien tal vez logró sobornar a su hombre de confianza, los invitados bebieron la copa de la muerte preparada para su víctima. Casi todos los analistas italianos de la época, incluyendo a Guicciardini, Paolo Giovio y Sanudo, dan crédito a esta versión de la tragedia, convertida luego en patrimonio común de historiadores, novelistas y moralistas.⁴⁸ **N** Sin embargo, el cronista Burchardo, que se hallaba en el lugar de los hechos, relata en su diario que padre e hijo fueron atacados por unas

fiebres malignas, y Giustiniani escribía a sus señores en Venecia que el médico del papa atribuía su enfermedad a la apoplejía.⁴⁹ **N** La estación del año era muy malsana y habían abundado los casos de muerte por fiebres. Una carta circular a los príncipes alemanes, escrita probablemente por el cardenal de Gurk y fechada el 31 de agosto de 1503, menciona claramente la fiebre como la causa de la repentina muerte del papa, *ex hoc seculo horrendâ febrium incensione absorptum*.⁵⁰ **N** Y, por su parte, Maquiavelo, que había tenido ocasión de conversar con César Borgia acerca de este momento decisivo en su carrera, no alude para nada al veneno y se limita a decir que padre e hijo se vieron atacados al mismo tiempo por una enfermedad.

A una distancia de varios siglos y sin poseer otras pruebas ni elementos de juicio, no estamos nosotros en condiciones de decirle si la muerte de Alejandro fue natural o si debe concederse un fundamento de verdad a la famosa historia del vino envenenado, rodeada de circunstancias tan singulares y tan generalmente aceptada. En favor de la hipótesis de la fiebre habla, de una parte, el testimonio de Burchardo, quien, sin embargo, no coincide exactamente con Giustiniani, el cual, en su informe al Sento veneciano, señala la apoplejía como la causa de la muerte, aunque hay que decir que en la propia Venecia fue rechazada su versión por el cronista Sanudo, para adoptar la hipótesis del veneno. En sentido contrario, tenemos el consenso de todos los historiadores de la época, con la única, y hay que decir que notable excepción de Maquiavelo. Paolo Giovio llega incluso a aseverar que el cardenal Corneto le aseguró que a duras penas había logrado salvarse de los efectos de los antídotos que en su incontenible terror se administró para contrarrestar la posibilidad del veneno.

Cualquiera que fuese la causa directa de su muerte, el caso es que Alejandro VI murió convertido en una masa inchada y negra, que daba repugnancia contemplar, después de una ruda lucha con la ponzoña que había absorbido.⁵¹ **N** "Toda Roma — escribe Guicciardini— corrió con indescriptible júbilo a contemplar el cadáver del papa. La gente no saciaba sus ojos en la contemplación de los despojos mortales del reptil, que, con su desenfrenada ambición y su pestífera perfidia, con las más feroces pruebas de una crueldad horrenda, con sus monstruosos

placeres y su inaudita avaricia, vendiendo cuanto caía en sus manos, lo mismo que las cosas sagradas que las profanas había empozoñado al mundo con su veneno." César pasó varios días postrado en su lecho de enfermo; pero al fin, y gracias a su vigorosa constitución, recobró la salud y vivió lo bastante para ver sus garras cortadas y sus planes irremediabilmente fracasados. "El estado del duque de Valencia —dice Filippo Nerli—⁵² **N** se esfumó como un castillo en el aire o como la espuma sobre el mar."

A la muerte de Alejandro VI, el sentido moral de los italianos cobró forma en la leyenda de un demonio que había arrebatado el alma del papa. Burchardo, Giustiniani, Sanudo y otros cronistas registran este dato, con evidente credulidad. Y una carta del marqués de Mantua a su esposa, fechada el 22 de septiembre de 1503, contiene los más minuciosos pormenores: "en medio de su enfermedad —escribe el marqués—, el papa hablaba de tal modo, que quienes no sabían lo que tenía en la mente creían que estaba delirando, aunque se expresaba con gran sentimiento, y sus palabras eran éstas: ya llegó ; *tienes derecho a reclamarme, pero aguarda todavía un poco*. Quienes estaban en el secreto explicaban que, al morir el papa Inocencio y mientras estaba reunido el Cónclave, Alejandro había cerrado un trato con el diablo para llegar al pontificado a cambio de venderle el alma, y entre las cláusulas del trato figuraba la de que ocuparía la Santa Sede durante 12 años, como lo hizo, excediéndose solamente en cuatro días; y algunos aseguran que vierón a siete diablos en la cámara en el momento que exhalaba el último aliento". Cuentos de comadres, claro está; pero estos cuentos indican hasta qué punto se había derrumbado incluso en Italia el crédito del papa Borgia, desde el día en que los humanistas, a raíz de su elección, ensalzaban con palabras tan encomiásticas su divina figura y su apostura heroica.

Así, superándose a sí mismos, acabaron sus días estos dos villanos, los más notables aventureros que jamás hayan pisado la escena de la historia. Los frutos de tantos crímenes y de tantos esfuerzos fueron recogidos por su enemigo Giuliano della Rovere, en beneficio del cual habían sido exterminados los nobles del Estado romano y los déspotas de la Romaña.⁵³ **N** Alejandro había demostrado que el viejo orden de la Iglesia era insostenible. La

Reforma era un grito imperioso. Los mismos vicios de este papa sirvieron para espolear a la libertad el espíritu de la humanidad. Ante un santo pontífice, todavía la nueva época habría temblado en supersticiosa reverencia. El Borgia hizo que las pretensiones del papa de dominar las almas de los hombres parecieran ridículas a todos los hombres inteligentes. Valga esto como excusa de habernos detenido tanto tiempo en el espectáculo de sus enormidades. Ninguna relación de hechos ilustraría mejor, no sólo la corrupción de la sociedad y el divorcio de la moral y la religión, en Italia, sino también el absurdo de una política de la Iglesia que en la edad del Renacimiento circunscribía los actos de la cabeza visible de la cristiandad dentro de los mezquinos intereses de una parentela de advenedizos y bastardos.

No hace falta detenerse a hablar de Pío III, el papa que reinó unos cuantos días a la muerte de Alejandro. Le sucedió Giuliano della Rovere, quien subió al solio pontificio en 1503. Cualquiera que sea el juicio que nos merezca como el sumo pontífice de la fe cristiana, no cabe duda de que Julio II fue una de las más grandes figuras del Renacimiento y de que la edad de oro de las letras y las artes en Roma debiera, en justicia, colocarse bajo la égida de su nombre, y no bajo el de León X: Estampó sobre el siglo el sello de su poderosa personalidad. A él debemos las más espléndidas obras maestras de Miguel Ángel y Rafael. La basílica de San Pedro, esta idea materializada, que simboliza la transición de la Iglesia de la Edad Media a la moderna supremacía semisecular de la Roma pontificia, fue inspiración suya. Ningún despotismo, ninguna repugnante sensualidad, ninguna flagrante violación de la justicia eclesiástica obscurecen su pontificado. Toda su ambición es afianzar y extender la autoridad temporal de los papas, empresa a la que logra dar cima, sofrenando la arrogancia de los venecianos, que amenazaban con absorber la Romaña, reduciendo a la dominación pontificia Perusa y Bolonia, anexionando Parma y Piacenza y recogiendo la herencia que le había dejado César Borgia. A su muerte, este papa transmite a sus sucesores la más extensa y más afianzada soberanía pontificia en Italia. Pero Julio II, hombre incansable, turbulento y que no se sentía feliz más que guerreando, anegó en sangre la península. Se le ha discernido el título de patriota porque, de vez en cuando, lanzaba el grito de expulsar a los bárbaros de Italia: hay que recordar, sin

embargo, que fue él quien, siendo todavía cardenal de San Pietro in Vincoli, acabó por convencer a Carlos VIII de que viniese a Italia desde Lyon, el que, ya en el solio, aguijoneó a la Liga de Cambrai contra Venecia y el que trajo a los mercenarios suizos a la Lombardía, poniendo en cada uno de estos casos el peso de la autoridad pontificia del lado de las fuerzas que esclavizaban su patria. De varias maneras se ha representado a este papa como el salvador de la Santa Sede y la madición de Italia.⁵⁴ **N** Y no cabe duda de que fue, y con mucha fuerza, lo uno y lo otro. En aquellos días de anarquía nacional, tal vez no se le ofreciera otro camino para engrandecer la Iglesia que el de sacrificar a la nación y no pudiera alcanzar la gran meta de su vida más que descargando sobre sus compatriotas el azote de la guerra extranjera. Las potencias de Europa escapábanse ya de la disciplina pontificia. Los destinos de Italia se decidían, ahora, en los gabinetes de Luis de Francia, de Maximiliano de Austria y de Fernando de España. Impotente para dominar a los árbitros de Italia, el papa sólo podía enfrentarlos a unos contra otros.

León X sucedió a Julio II en 1513, con gran alivio de los romanos, cansados ya de las continuas guerras del *Pontifice terribile*. En la fastuosa pompa de su procesión triunfal hacia el palacio Laterano, las calles de Roma aparecían cubiertas de arcos, emblemas e inscripciones. entre éstas merecen destacarse los versos que campeaban ante la mansión del banquero Agostino Chigi:

*Olim habuit Cypris sua tempora; tempora Mavors
Olim habuit; sua nunc tempora Pallas habet.*


"Venus reinó aquí, con Alejandro; Marte con Julio; ahora, con León, sube al trono Palas Atenea." Epigrama al que el aurífice Antonio di San Marco contestó con este expresivo verso:

Mars fuit; est Pallas; Cypria semper ero.


"Marte reinó; reina Atenea; yo, Venus, siempre seré".


El primer papa de la casa de Médicis alcanzó en Roma la fama de su padre Lorenzo el Magnífico en Florencia. Exaltado en vida como un nuevo Augusto, dio su nombre a lo que se ha llamado la edad de oro de la cultura italiana. Como hombre, este papa tenía sobrados títulos para representar la libertad

neopagana del Renacimiento. León X, saturado del espíritu de su periodo, no sentía la menor simpatía por la severidad religiosa, no se formaba concepción alguna de todo lo que fuese elevación moral, no abrigaba ninguna ambición, por debajo del barniz superficial del ingenio y el buen gusto. La pureza del latín era más importante para él que la verdad de la doctrina: Júpiter sonaba mejor en un sermón que Jehová: la inmortalidad del alma era un tema bueno para los debates académicos. Era, al mismo tiempo, generoso y espléndido hasta la extravagancia para los hombres de letras y vigoroso en su celo por la difusión de los conocimientos liberales. Pero lo que resultaba razonable en el hombre antojábase ridículo en el pontífice. Había una incongruencia irreductible entre su alta dignidad como primado de la Iglesia cristiana y su fácil y ligera filosofía epicúrea.

León, como todos los Médicis después de Cosme I, era un mal financiero. Sus derroches contribuyeron en no pequeña medida a la corrupción de Roma y a la ruina de la Iglesia latina, aunque le valieran los elogios y las alabanzas del mundo literario. Julio IV, severo administrador, había dejado en las arcas del castillo de San Angelo 700 000 ducados. Cuando León murió de repente en 1521, hubo que empeñar hasta las joyas de la tiara para pagar sus deudas. En el apogeo de su esplendor, gastaba 8 000 ducados en regalos a sus favoritos y en pagar las deudas de juego. Su mesa, abierta siempre a todos los poetas, cantantes, eruditos y bufones de Roma, consumía la mitad de las rentas de la Romaña y la Marca. Creó la orden de los caballeros de San Pedro para reponer un poco el exhausto tesoro y supo sacar tan buen partido de la conspiración del cardenal Petrucci contra su vida, arrancando al cardenal Riario una multa de 5 000 ducados y 125 000 más a los cardenales Soderini y Adriano, que casi nos inclinamos a pensar que tenía razón Ulrico de Hutten al ver en todo este obscuro negocio una simple especulación financiera. La creación de 39 cardenalatos en 1517 le valió más de 500 000 ducados. Y, sin embargo y a pesar de todos estos recursos empleados para sacar dinero, los banqueros de Roma estaban medio arruinados, al morir el papa. Los Bini habíanle prestado 200 000 ducados; los Gaddi, 32 000; los Ricasoli, 10 000; el cardenal Salviati reclamaba el pago de una deuda de 80 000; los cardenales Santi Quattro y Armellini presentaron recibos por 150 000 ducados cada uno.⁵⁵  Cifras que sólo adquieren interés

cuando se tiene presente que las montañas de oro que representaban se habían derrochado en los goces de la sensualidad estética.

Al ser nombrado papa, cuéntase que dijo a Giuliano, duque de Nemours: "disfrutemos del pontificado, pues que Dios nos lo ha dado": *godiamoci il Papato; poichè Dio ce l'ha dato*.⁵⁶  Esta frase expresa bastante bien el espíritu con que León X administró la Santa Sede. La tónica que en ella se acusa domina toda la sociedad romana. En los banquetes de Agostino Chigi, prelados de la Iglesia y secretarios apostólicos codeábanse con hermosas cortesanas y muchachos cantores de sonrosadas mejillas; pescados de Bizancio y deliciosos platos de lenguas de papagayo eran servidas en fuentes de oro, que los invitados, después de comer y beber sin tasa, arrojaban desde las ventanas a las aguas del Tíber. Bailes y mascaradas, comedias y desfiles de carnaval llenaban las calles, las plazas y los palacios de la Ciudad Eterna con un remedo de festivales paganos, en que el arte se daba la mano con la lujuria. Tal parecía como si Baco y Palas Príapo hubiesen vuelto a tomar posesión de sus viejos dominios y, sin embargo, Roma seguía llamándose cristiana. Los broncos sermones de los frailes en el Coliseo y el tañido de las campanas del Ara Coeli mezclábanse con las declamaciones latinas del Capitolio y con los sonidos de las cuerdas del laúd en los salones del Vaticano. Mientras tanto, entre tropeles de cardenales vestidos de cazadores, danzas de muchachas medio desnudas y máscaras de bacantes carnalescas, movíanse los peregrinos venidos de las tierras del norte, con ojos llenos de asombro y de espanto, los discípulos de Lutero, en cuyas almas aguardaba envainada la espada del espíritu, dispuesta a desenvainarse en el momento menos pensado y a descargar un mandoble.

Para formarse una idea más completa y exacta de León X, hay que compararlo con Julio II. Julio llevó la guerra a Italia con la mira de instaurar en ella el poder temporal del pontificado. León retornó al nepotismo de los papas anteriores y fomentó la discordia en aras de los Médicis. Ambicionaba asegurar el reino de Nápoles para su hermano Giuliano y una soberanía milanesa para su sobrino Lorenzo. Esto segundo lo logró, confiriéndole el ducado de Urbino, en detrimento de sus legítimos titulares.⁵⁷  Teniendo Florencia en sus manos y el papado bajo su gobierno, los Médicis

podían, en otro tiempo, haber llegado a dominar toda Italia. Pero estos planes, en los días de Francisco I y Carlos V, eran ya impracticables. Ninguno de los miembros de la casa de Médicis tenía ya, por otra parte, temple para proponerse empresas mayores que el sojuzgamiento de su ciudad natal. Julio era violento de carácter, pero buen cumplidor de sus promesas. León era suave y evasivo. Atrajo a Roma a Gianpaolo Baglioni, tendiéndole la celada de un salvoconducto, para luego encarcelarlo y decapitarlo en el castillo de San Angelo. Julio deleitábase en la guerra y nunca se sintió tan feliz como cuando los cañones rugían junto a él en Mirandola. León llenaba de indignación el alma de su maestro de ceremonias, porque se empeñaba en montar a caballo para una cacería con botas de campaña. Julio proyectó la basílica de San Pedro y comprendía a un Miguel Ángel. León tuvo el talento necesario para patrocinar a los artistas, poetas e historiadores que daban lustre a su corte, pero no supo hacer que se destacase ningún genio nuevo. Los retratos de estos dos papas, ambos de mano de Rafael, son extraordinariamente característicos. Julio, encorvado y macilento, tiene en la mirada el nervioso fulgor de un temperamento enérgico y apasionado; aunque el tizón aparece ya cubierto de cenizas y casi consumido, todavía arde y puede encender una conflagración. León, en cambio, con su ancha quijada y sus ojos embotados, sus labios gruesos y sus grandes carrillos, delata a la legua la tosca fibra de un hombre sensual.

Muchas veces se ha dicho que tanto Julio II como León X sacaban dinero de la venta de indulgencias para poder constituir la basílica de San Pedro, agravando con ello uno de los grandes escándalos que habrían de provocar el movimiento de la Reforma. En esta época de turbulentos y mal dominados impulsos, el deseo de ejecutar una gran obra de arte, combinado con la cínica decisión de lucrarse con las supersticiones del pueblo, dio pábulo a la rebelión. León no llegó a tener clara conciencia de la magnitud del movimiento luterano. Si alguna vez pensó seriamente en lo que ocurriría, no salió de su asombro. No sentía ni percibía la necesidad de reformar la Iglesia de Italia. La rica y multifacética vida de Roma y los intereses diplomáticos del despotismo italiano absorbían toda su atención. ¿Qué importa lo que pudieran pensar o hacer los bárbaros?

La repentina muerte de León X sumió al Sacro Colegio en una gran perplejidad. No era posible elegir un nuevo papa sin atender a los intereses políticos encontrados; y éstos dividíanse entre Carlos V y Francisco I. Después de 12 días de deliberaciones, los innumerables planes y contraplanes de los príncipes de la Iglesia dieron como resultado la elección del cardenal de Tortosa. Nadie le conocía y su elevación al solio pontificio, debida a la influencia de Carlos de Habsburgo, sorprendió casi tanto a los electores como a los romanos. En su rabia y su horror por haber elegido a este bárbaro, los miembros del Sacro Colegio hablaban de la inspiración del Espíritu Santo, tratando de poner la más improbable de todas las excusas al error a que la intriga los había empujado. "Los cortesanos del Vaticano y los altos dignatarios de la Iglesia —escribe un testigo ocular— lloraban, gritaban y maldecían, entregándose a la desesperación." Sobre los muros lisos de la ciudad alguien pintarrajeó estas palabras: "Roma se alquila". Llovió un torrente de sonetos acusando a los cardenales de haber entregado "el hermoso Vaticano a la furia germánica":⁵⁸

Adriano VI puso el pie en Roma por primera vez como papa.⁵⁹ No sabía una palabra de italiano y hablaba el latín con un acento mal sonante a los oídos meridionales. Sus estudios no habían pasado de la filosofía escolástica y la teología. No tenía el menor trato con las cortes, y era tan ignorante del boato que un papa debía llevar en Roma, que escribió antes de trasladarse a ella, pidiendo que le alquilaran para su residencia una casa modesta y un jardín. Cuando vio el Vaticano, exclamó que allí debieran morar los sucesores de Constantino y no los de San Pedro. León sostenía 100 mozos de mulas para el servicio de sus caballerizas; Adriano los despidió a todos menos a cuatro. Contentábase con dos criados flamencos para atender a su persona, y cada noche les daba un ducado para los gastos del día siguiente. Una sirvienta traída de Flandes ocupábase de cocinar sus alimentos, de hacer la cama y lavarle la ropa. Roma, con su espléndida inmoralidad, su arte clásico y su literatura pagana, produjo al nuevo papa la misma impresión que, años antes, a Lutero. Cuando sus cortesanos le señalaron el Laocoonte como el más ilustre monumento de la escultura clásica, se apartó con horror, murmurando: "¡Ídolos de los paganos!" Mandó tapiar las

puertas del Belvedere, que era ya casi la primera galería de estatuas de Europa, y jamás puso los pies en ella.

Al mismo tiempo, entregóse con el más honesto propósito, en lo que le permitían las pocas posibilidades de que disponía, teniendo como tenía las manos atadas , y talento limitado a reformar los abusos más ostensibles de la Iglesia. León había llegado a reunir más de tres millones de ducados con la venta de beneficios y cargos eclesiásticos, que representaban para sus compradores una renta de 348 000 ducados y suministraban plazas para 2 550 personas. De un plumazo, Adriano canceló estos contratos y lanzó al mundo un tropel de beneficiarios destituidos, hambrientos y defraudados. Los cesantes pusieron el grito en el cielo, sin que pudiera consolarse el razonamiento de que el trato que habían cerrado con el antecesor de Adriano era ilegal.

Sin embargo, todos estos conatos de reforma de la sociedad eclesiástica, aunque los inspirara la buena fe, resultaban tan ineficaces como el intento de curar con alfilerazos una fiebre maligna que demanda una sangría. La verdadera corrupción de Roma, profundamente arraigada en los altos lugares, permaneció intacta. entre tanto, Lutero había logrado ganar para su causa a todo el norte de Europa, y algunos sagaces observaodres en la misma Roma expresaban sus temores de que sobre la pecadora ciudad se abatiese una espantosa catástrofe. "Este Estado vive al borde del abismo; Dios quiera que no tengamos que huir pronto a Aviñón o a los confines del océano. Me parece estar viendo la caída de esta monarquía espiritual. Si Dios no pone remedio, estamos perdidos".⁶⁰ **N** Adriano hizo frente al peligro y se puso en guardia contra aquel mar de turbulencias, expresando su horror de la simonía, la lujuria, el latrocinio y otros vicios. Lo único que consiguió fue que se rieran de él. *Pasquino* burlábase tan desenfrenadamente de su nombre, que el papa juró que arrojaría la estatua al Tiber; a lo que el duque de Sesa le replicó, ingeniosamente: "Podéis echarla al fondo del río y, como una rana, saltará de nuevo a la orilla, croando". Berni escribió una de sus más agudas sátiras contra el zopenco que no acertaba a comprender la época en que vivía. Y cuando el papa murió, la puerta de la casa de su médico apareció

adornada con esta inscripción: *Liberatori patriae Senatus Populusque Romanus*.

Todos en Roma se regocijaron cuando, en 1523, vieron subir a la silla de San Pedro a otro papa de los Médicis. El pueblo esperaba que volvieran los alegres días de León X. Pero los tiempos habían cambiado; las cosas habían ido ya demasiado lejos en el camino de la disolución. Clemente VII, el nuevo papa, no supo dar satisfacción a los cortesanos cuyas delicias había hecho su primo, más amable que él; hasta los eruditos y los poetas gruñían.⁶¹ **N** El gobierno de este pontífice era débil y vacilante. La facción de los Colonna 0 levantó de nuevo cabeza al amparo de sus vacilaciones, y encerró al papa en el castillo de San Ángel. El horizonte político de Roma empeñábase y ensombrecíase por días, como ante una tormenta espantosa. Sobre Roma cerníase la ruina,

como cuando Dios

Quiere sobre una ciudad viciosa destilar su
veneno

En el aire impuro.⁶² **N**

Hasta que, por último, se produjo la catástrofe. Clemente VII, mediante una serie de tratados, traiciones y tergiversaciones, había acabado perdiendo hasta el último amigo y exasperando a todos sus enemigos. Tan postrada estaba Roma a fuerza de guerras, tan habituada a la anarquía de una serie de revoluciones sin objeto y a oír las pisadas de los escuadrones extranjeros que desembarcaban y reembarcaban en sus playas, que apenas si lograron sacudir su apatía las nuevas de que se acercaba a la ciudad una tropa luterana reclutada con el expreso objeto de saquear Roma y reforzada con un hatajo de rufianes españoles y con la hez de cada nación. El llamado ejército de Frundsberg — una horda de bandoleros mantenida en cohesión por la esperanza del saqueo— llegó sin dificultad a las puertas de la ciudad.

Tan bajo había caído el honor de los príncipes italianos, que el duque de Ferrera, con su ayuda directa, y el duque de Urbino, oponiendo resistencia a las fuerzas contrarias, abrieron a estos merodeadores los pasos del Po y de los Apeninos.

Los invasores perdieron a su general en la Lombardía. Le sucedió en el mando el condestable de Borbón, quien murió en el asalto a la ciudad. Así, Roma vióse entregada por espacio de nueve meses al capricho, a la rapacidad y a las crueldades de 30 000 bandoleros sin la disciplina de un jefe. Se demostró entonces a qué extremos de barbarie, violencia y bestialidad eran capaces de llegar la brutalidad de los alemanes y la avaricia de los españoles.

El papa, sitiado en el castillo de San Angelo, veía día y noche subir al cielo las columnas de humo de los palacios incendiados y las iglesias profanadas, oía el llanto de las mujeres y los quejidos de los hombres torturados, que se mezclaban a las groseras chanzas de los luteranos borrachos y a las blasfemias de los bandidos castellanos. Vagando como un espectro por las galerías del castillo y reclinado sobre sus ventanas, exclamaba como Job:⁶³ *quare de vulva eduxisti me? qui utinam consumptus essem, ne oculus me videret!* Lo que los romanos, afeminados por la molice y el gobierno teocrático, lo que sus cardenales y prelados, acostumbrados a la sensualidad y a la pereza, tuvieron que sufrir durante esta larga agonía, no es para ser descrito. Sería un cuadro demasiado horroroso. Cuando, por último, los bárbaros, saciados de sangre, ahitos de goces carnales, abarrotados de oro y diezmados por la peste, abandonaron la ciudad, Roma era una viuda envuelta en luto. Ya nunca se repuso del tormento y la vergüenza de aquel saqueo, ni volvió a ser la alegre, licenciosa y amable capital de las artes y las letras, la Roma dorada y rutilante de León X. Pero los reyes de la tierra apiadáronse de su desolación. El tratado de Amiens (18 de agosto de 1527), concertado entre Francisco I y Enrique VIII contra Carlos V, en nombre del cual había sido inferida aquella ofensa a la Ciudad Santa de la Cristiandad, unido al tardío arrepentimiento del Habsburgo, restituyó al pontificado el respeto de Europa.

Es bien sabido que, en esta crisis, el emperador llegó a pensar seriamente en acabar con el Estado eclesiástico. Sus

consejeros aconsejábanle devolver al papa su rango primitivo de obispo y hacer de Roma nuevamente la capital del Imperio.⁶⁴ **N** Pero este plan era irrealizable, en las condiciones políticas del siglo XVI y delante de una cristiandad todavía católica. Estas deliberaciones le valieron a Roma, sin embargo, todos los horrores y calamidades del saqueo; pero fueron rápidamente desplazadas por la determinación de fortalecer el poder pontificio a la sombra de la autoridad imperial en Italia. Florencia fue entregada a los despreciables Médicis como prenda de paz. Y nada ha manchado tanto la memoria del papa Clemente como el hecho de que se prestara a emplear las heces del ejército que había saqueado Roma para esclavizar a la ciudad que lo viera nacer.

Interiormente, el Estado pontificio había aprendido de la desgracia la necesidad de una reforma. Sadoletto, escribiendo en septiembre de este memorable año al papa Clemente, le dice que los sufrimientos de Roma han aplacado la cólera divina y que se ha abierto el camino para la corrección de las costumbres y las leyes.⁶⁵ **N** Ninguna fuerza armada podía impedir a la Santa Sede abrazar una vida mejor y demostrar al mundo que el sacerdocio cristiano era algo más que una burla y una farsa.⁶⁶ **N** En realidad, podemos decir que la Contrarreforma data, históricamente, del año 1527.